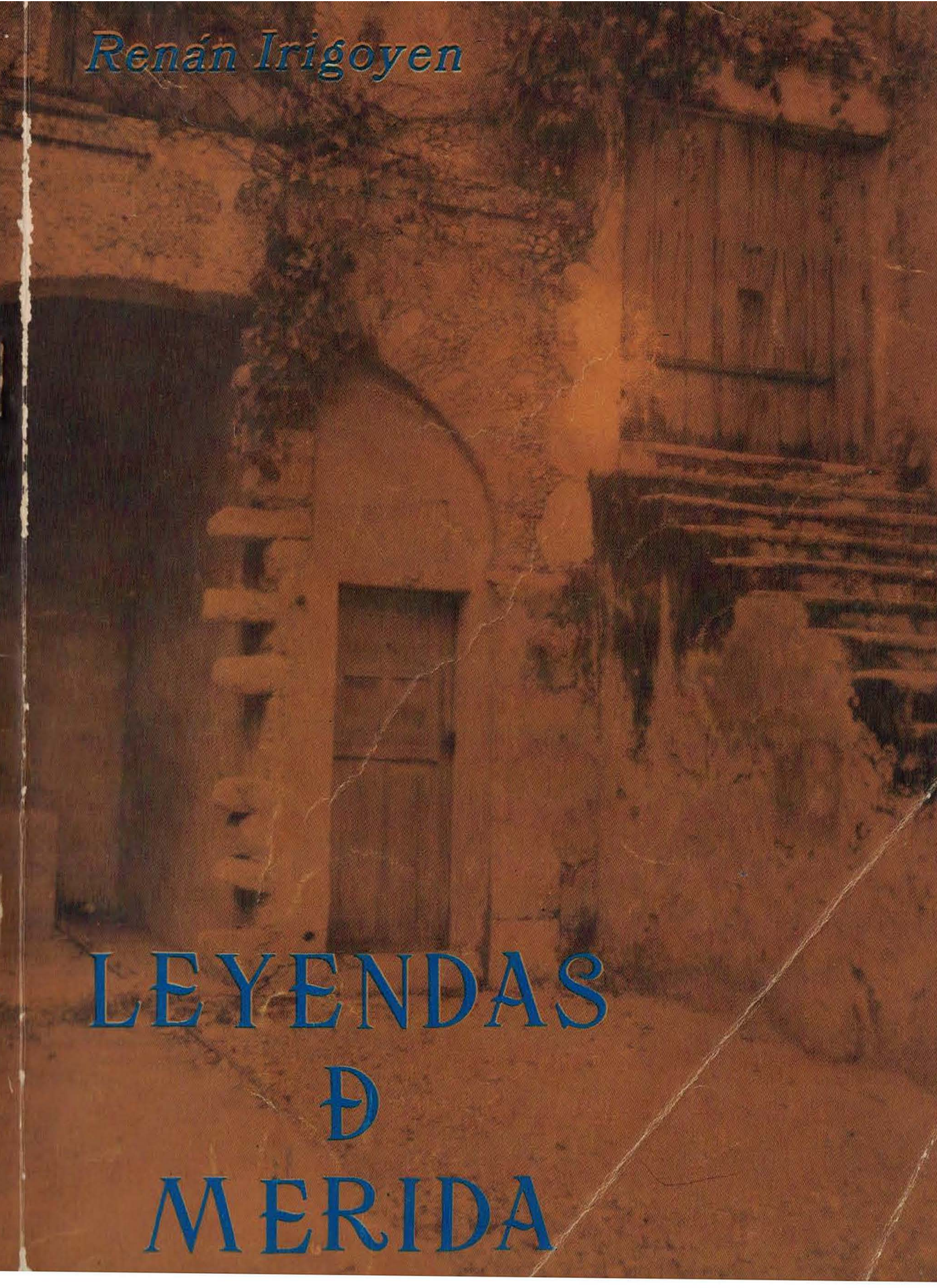
Renán Irigoyen



LEYENDAS DE MERIDA

Para Rocío y Nacho,
meridanos de gran seño-
río, con todo cariño,
Jorge A. Peniche
Junio 1/78

leyendas de merida

Por:

Renán Irigoyen

Cronista de la Ciudad

EDICIONES DEL AYUNTAMIENTO DE MERIDA

1978

INDICE.

	Pag.
La Cruz del Obispo.	1
El Fantasma del Matadero Viejo.	7
La Vara de Justicia del Capitán General.	26
La Cruz del Atrio	5
Inusitada muerte accidental de un Gobernante Colonial.	9
Intrigas Políticas en el secreto de una alcoba.	19
El Favorito Desafecto	39
La Casa del Diezmo	21
Las Tribulaciones de un padre soberbio.	29
La Leyenda de la esquina de "Los Dos Camellos".	12
La Cruz del Paredón	16
Tragedia en la madrugada	52
El Celoso castigado	47
La misteriosa muerte del Conde Peñalva.	41
Tras Agravio, Venganza	57
Gobernador José Campero.	
A las doce de la noche en la Catedral te espero.	43
Origen del nombre de las esquinas "El Degollado" y "La Veleta"	23
Origen del nombre de la esquina de la Vieja.	50
El alevoso asesinato del Gobernador Lucas de Galvez.	33
La Boda Imposible.	14
El Niño Aparecido.	31
Un Rayo de Sol.	54
La Saga del Orígen del Panucho.	45
Origen del Nombre de la Esquina de El Loro.	60
El Legado del Gobernador O'Neill	66
Los Buñuelos del Gobernador.	63

La cruz del Obispo

Uno de los personajes más controvertidos de nuestra historia es Fray Diego de Landa. Lleno de claroscuros. Su carácter violento y agresivo le hizo reunir en su contra gentes importantes de la colonia.

Nuestro protagonista llegó a la península en 1549 acompañado de seis religiosos. Trajo consigo campanas, cálices, ornamentos, libros e imágenes sagradas, además de artículos indispensables, entonces muy escasos, para la alimentación de un español, así fuera religioso, que sí de pan vive el hombre.

Al padre Landa le fue encomendada, en el sentido de custodia, la región de Izamal, donde fundó el famoso convento que enhiesto se conserva muy bien todavía para orgullo nuestro.

Su impulsivo temperamento, siendo ya provincial de su orden franciscana, le hizo abrogarse facultades de inquisidor, castigando a indios, comprensiblemente idólatras todavía a sólo siete años de fundada Mérida, la ciudad capital.

Para colmo, su fanatismo lo impulsó a destruir objetos mayas prehispánicos, entre ellos 27 rollos de manuscritos jeroglíficos (códices) en el famoso auto de fe en Maní. En contraste con esa peculiaridad de su carácter muy frecuente en la época, era apasionado defensor del indígena, desde entonces muy explotado por los blancos dominadores, incluyendo miembros del

clero. Pronto aprendió la lengua aborigen y salía por esos pedregosos caminos de Dios predicando, descalzo, con su tosco y humilde sayal. Esta última actitud de Fray Diego, la de proteger a los indios en el aspecto laboral, fue lo que más concítole enemistades de encomenderos, funcionarios públicos, incluyendo Gobernadores y Capitanes Generales y dei primer obispo con residencia en Yucatán.

Pero fue por el acto inquisidor, para el que no tenía claras facultades, por el que se le siguió un juicio, sacado de Yucatán y vuelto a España donde pasó varios años hasta que a la muerte del obispo Toral fue designado para sucederle, regresando con todos los honores y prerrogativas consiguientes.

Naturalmente que este nombramiento no fue popular en la nueva colonia española, pero sí bien recibida por el elemento indígena a pesar de los sucesos de Maní, donde impusieron penas exageradas a los recién convertidos al cristianismo —y a muchos sin consultársele siquiera.

Inmediatamente de su nuevo arribo comenzó a realizar su obra reivindicadora del indio maya. Observando que se le seguía utilizando como bestia de carga, aún cuando ya existía un buen número de caballos, unos tres mil según su propia investigación, prohibió esta faena infrahumana, acarreándole nuevas enemistades.

Llego un momento en que casi no había en la ciudad personas blancas que no lo denotasen "y por ruín se tenía quien no le mofaba y le daba pesadumbre en lo que podía".

Mostrado brevemente el clima enemistoso que lo rodeaba ocurrió el suceso que te voy a referir.

Diego de Baldivieso, conquistador de mala entraña si los había, se sentía agraviado por el autor de la "Relación de Cosas de Yucatán" y había jurado que en la primera oportunidad le cobraría venganza por las supuestas ofensas en su dignidad de soldado del rey. Otros piensan que sólo fue el brazo de otros situados más alto en la pirámide social de aquellos años. El caso fue que una mañana, caminando Landa por las calles aledañas a su residencia episcopal, viéndolo sólo el que no dejaba el caballo, picó espuelas y se le fue encima dándole con el estribo en el pecho, por haberlo visto venir el religioso al galope y echándose a un lado, priñgándole de lodo. No se dignó levantarlo el conquistador,

ya encomendero, poniendo nuevamente al galope su cabalgadura. Quién sabe cuánto tiempo pasó el obispo tirado en el arroyo, hasta que algunas almas caritativas o simplemente humanas, lo alzaron y condujeron hacia donde se dirigía.

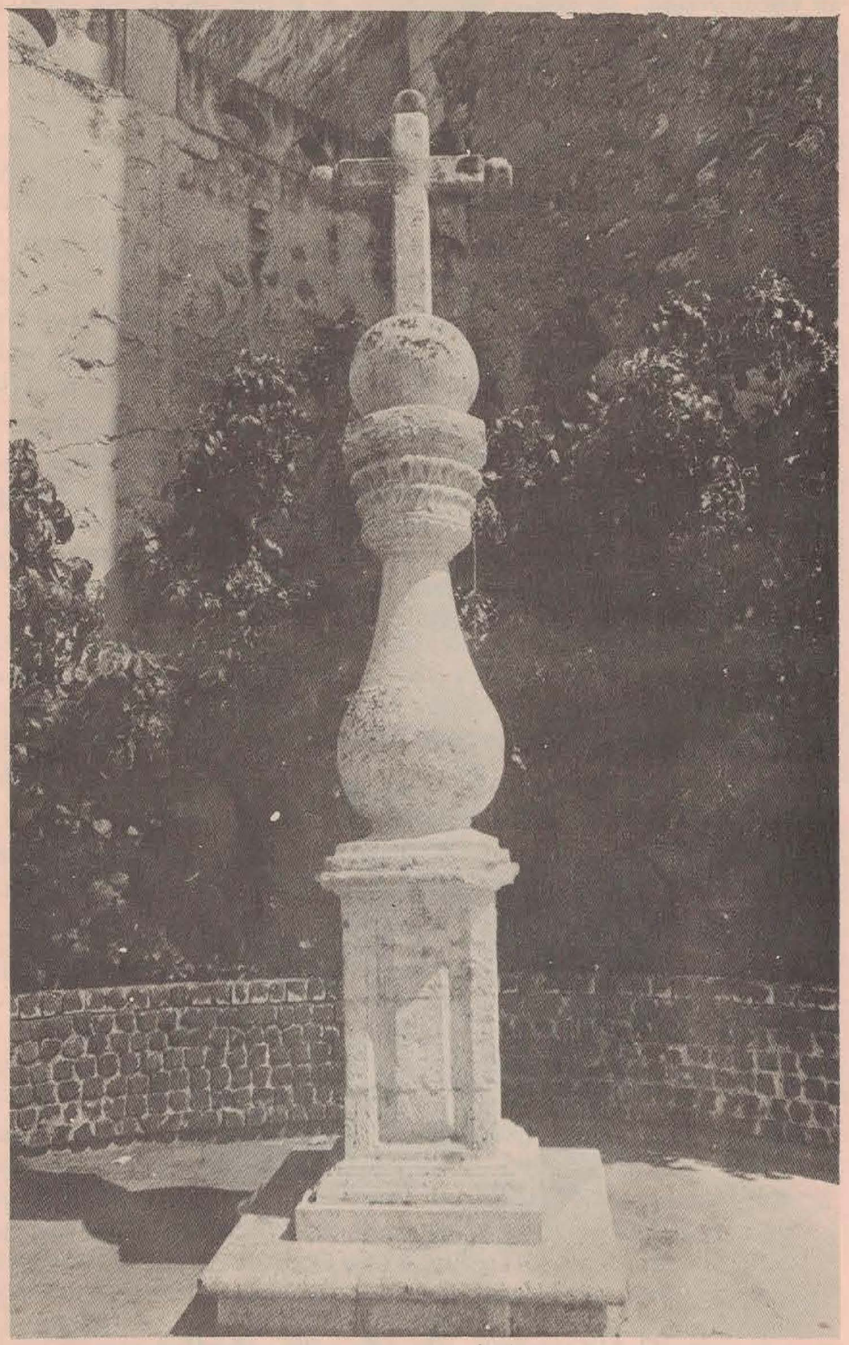
—¿Cómo ocurrió, padre?, le inquirían.

—¿Quién fue? le insistían.

—Lo sabrás dentro de algún tiempo en que Dios lo castigará, entonces os lo diré, respondió el prelado.

No fue tan rápida la justicia divina. Pasaron cuatro años y con motivo del ruidoso movimiento de unas fiestas públicas, el mismo osado agresor, embravecido su caballo por el bullicio, lo arrojara de la silla con tal ímpetu que fue a estrellar su cabeza en las baldosas del suelo, entre la Catedral en construcción y el palacio episcopal. El accidentado quedó muerto en el acto. Todo mundo consideró que era un castigo ejemplar por el sacrilegio de su atentado. Erigióse en el lugar y allí se mantuvo por tres centurias, una gran cruz de madera, que el pueblo bautizó con el nombre de la Cruz del Obispo.

EL ILLMO SR D FR DIEGO DE LANDA



La Cruz del Atrio.

La cruz del Atrio

Frente al templo llamado de la Tercera Orden, por sede jesuita, existió en los años coloniales un grande caserón. En la parte superior de la entrada ostentaba pétreo blasón que hablaba del linaje de sus propietarios. Allí vivía desde que arribó de España el orgulloso encomendero Diego López de Almanza. El fijodalgo había capitaneado soldadescas legiones en Roma, Milán o Flandes, en Florencia y Alemania.

En tan vasta casona solamente moraban el susodicho don Diego y su esposa Doña Blanca.

Cuenta la tradición que el matrimonio vivió feliz, magüer llevarle varios lustros el tal López a la dama.

Pero ocurrió que a bordo de una fragata llegó de la Madre Patria un alférez del Ejército de España. Desde que arribó el guapo doncel, dividió sus andanzas entre Mérida y Valladolid. La sociedad femenina de ambas ciudades solo de él comentaba. En una misa del alba Almanza adivinó miradas de mutua admiración entre su joven esposa y el intruso. A partir de aquella mañana ya no vivió más don Diego sosegado y tranquilo y sin abandonar su casa.

Durante una noche octubreña de "nortes" y vendavales no resistió más el encomendero el martirio de su autocautiverio y saliendo embozado entre rachas violentas de aire, lluvia y amenazantes truenos, cruzó la calle hasta esconderse en la oscuridad más profunda de tupidas limonarias.

Como un tigre emboscado, sus inquisitivas miradas atraviesan la cortina de agua, que intermitentes relámpagos alumbraban por instantes.

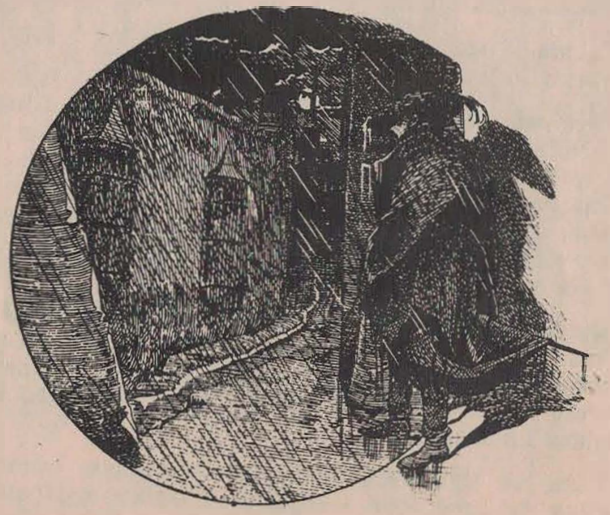
Agoreras lechuzas emiten lúgubre graznar desde los altos campanarios, mientras avanza cautelosamente un hombre entre las sombras de la acera contraria. Al reconocerlo don Diego, trasciende su cólera de los ojos y del pecho que casi le estalla.

Cuando la figura se detiene en la última ventana. junto a la que aposenta al dueño de casa y dama, asoma a la reja un pálido rostro, cuyas palabras conduce el viento a los aguzados oídos del escondido Almanza: "Luis, no es posible, vete, Diego juró enrojecer su daga con tu sangre. ¡Vete, Luis de mi alma" — "Qué importa lo que jure Diego, mi Blanca, si llevo al cinto mi espada?

—No es posible, Núñez, vete. Si quieres verme mañana espérame al pie de la Cruz del Atrio antes de la misa primera". Cerróse el postigo, calzóse capa el embozado y caminó aprisa en dirección de la Plaza. Cual envanescente fantasma el burlado don Diego en pos de la sombra fuese.

Arreció la lluvia y ya el primero de los hombres a la acera de la Catedral llegaba. Al pasar ante la Cruz de Piedra labrada que en la esquina del atrio erigió la fidelidad cristiana emparejan sus pasos los rivales y el que venía en pos le puso al otro la mano en el cuello gritándole: "Es aquí villano donde la esperáis". Brilla un acero toledano a la fugaz luz de un relámpago, se escucha un grito de dolor y después... todo queda en calma.

Cuentan añosas crónicas que al salir la luz del alba, alumbraba el sol dos fúnebres estampas: en sangre bañado un cuerpo junto a la Cruz, en tanto un silencioso cortejo, al cementerio de Catedral el cuerpo de Blanca llevaba.



El fantasma del Matadero Viejo

Los tiempos pasados eran más propicios a la presentación de aparecidos. El tráfago de la vida actual, el maquinismo y la electrónica han diluido ectoplasmas y los duendes ya no sienten suficientes garantías para mostrarse a los sorprendidos ojos de los humanos.

Mérida, nuestra ciudad, es pródiga en leyendas, en su mayor parte ocurridas o generadas en los años de la colonia española. Pero terminemos con digresiones y va de leyenda.

En los tiempos de los sucesos que vamos a reseñar, una pareja de enamorados alimentaba su atracción en las visitas del pretendiente. Existía una notoria diferencia de clase y condición y en esa época las familias pudientes eran más exigentes en cuanto a nivel económico y social. El padre de la novia sorprendió el idilio e iracundo y sin piedad hizo ver a los novios la imposibilidad de su amor. Desde aquella noche Mariano y Dolores, nuestros protagonistas, dejaron de frecuentarse y el joven se enteró después, que su bienamada se hizo esposa de Cristo. El, considerando que el mejor alivio de su pena sería imitar a su adorada, abrazo la carrera sacerdotal.

El padre Mariano ejercía su noble ministerio en la parroquia de San Sebastián, donde su amor al prójimo, humildad y ascetismo eran proverbiales. Tenía aureola de santo por sus caridades y alguna vez fue sorprendido por el sacristán ante el altar sollozando, flagelándose con cilicios y murmurando. —"Dios mío, ¿por qué no me haces olvidar?"

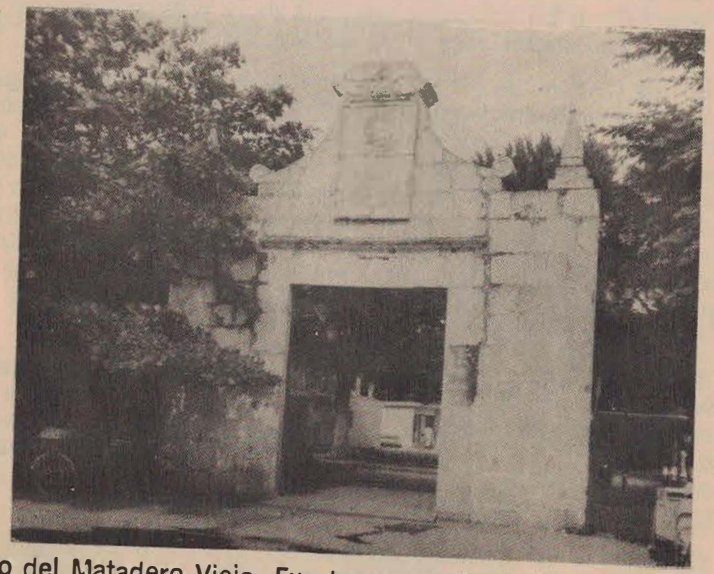
Conociendo las virtudes del párroco el obispo lo designó confesor de las monjas concepcionistas. Y allí fue el santo varón de 35 años a ejercer su ministerio.

Cuenta la tradición que una vez, cuando el confesor escuchaba

los intrascendentes pecadillos de las madrecitas, percibió suspiros y lamentos a través de las rejillas del confesionario. Creyendo reconocer algo enterrado hacía tiempo pudo más la curiosidad que la discreción, asomóse, e identificáronse los amantes de un remoto ayer.

Renació el jamás desaparecido amor y después de varias suprepticias entrevistas, decidieron fugarse. La noche acordada, pasadas las doce, salió el padre Mariano en una cabalgadura y enfiló por la calle del matadero viejo (66 x 67) doblando hasta el sitio que hoy se conoce como el callejón de Monjas. Lanzó un guijarro y fue respondido con otro. Tiró hacia arriba con fuerza un gancho del que pendía una escalera de cuerdas. Y entonces intervinieron los inexcrutables designios del destino: el gancho rompió la pared y la monja cayó sobre la baldosas de la calle, falleciendo instantáneamente. Con el estupor en el rostro y la angustia en el ánimo, Mariano montó su corcel y huyó rauda, despavoridamente, siguiendo por inercia el rumbo antes recorrido. Al llegar al matadero entraba una partida de ganado, se asustó la acosada bestia y aventó al jinete contra el filo de la piedra del pórtico del rastro, matándolo en el acto.

Manos piadosas colocaron una cruz de madera donde halló la muerte Dolores y fue voz pública durante luegos años que, todas las noches, a la misma hora de la tragedia, una figura se alzaba de las sombras del pórtico del matadero viejo, con burdo sayal vestida, se dirigía lentamente en medio de la calle hasta llegar al pie de la cruz de madera donde se arrodillaba clamando: ¡Piedad! ¡Perdón, Señor!



Pórtico del Matadero Viejo. Fue transportado de las calles 66 x 67 al costado sur del Parque "El Centenario".

Inusitada muerte accidental de un gobernante colonial

El 20 de junio de 1642 designó el Rey a don Francisco Núñez Melián, Gobernador y Capitán General de la Provincia.

Era el nuevo mandatario, anciano garboso, cuya fogocidad no resentíase aún debido a su activa carrera militar. Persona sencilla y modesta, conservaba enérgica voluntad. Tal era así que apenas encargado de la gubernatura de la colonia organizó expediciones con el fin de reducir y arraigar a los mayas dispersos por los bosques, cuya libertad dañaba los intereses de encomenderos, clérigos y de la Corona por su ausencia tributaria.

Pero el episodio que te contaré hoy y el que interesa como suceso legendario apoyado en un hecho histórico, es el que paso a referirte.

Amanecía el 13 de abril de 1644, día de grande regocijo. El viejo soldado había mandado previamente, por bando leído en los principales cruceros de la ciudad, a son de corneta y tambor, que todos los españoles residentes en la jurisdicción de la ciudad se reuniesen ese día en la plaza mayor, vestidos y equipados a guerra, para realizar una gran revista general de armas por la mañana y a vespertinas horas un simulacro de combate en el que las compañías de infantería y artillería unidas debían resistir una vigorosa carga de caballería comandada por el Gobernador en persona.

Para Mérida constituía un acontecimiento. Eran tan escasas las ocasiones de expansión y de fiesta que para fecha tal todo el pueblo se volcó en las aceras de los cuatro costados de la plaza. Se mostraban los balcones plenos de abigarrada concurrencia. Las milicias asombraron por su marcialidad, cada arma con sus respectivas ban-

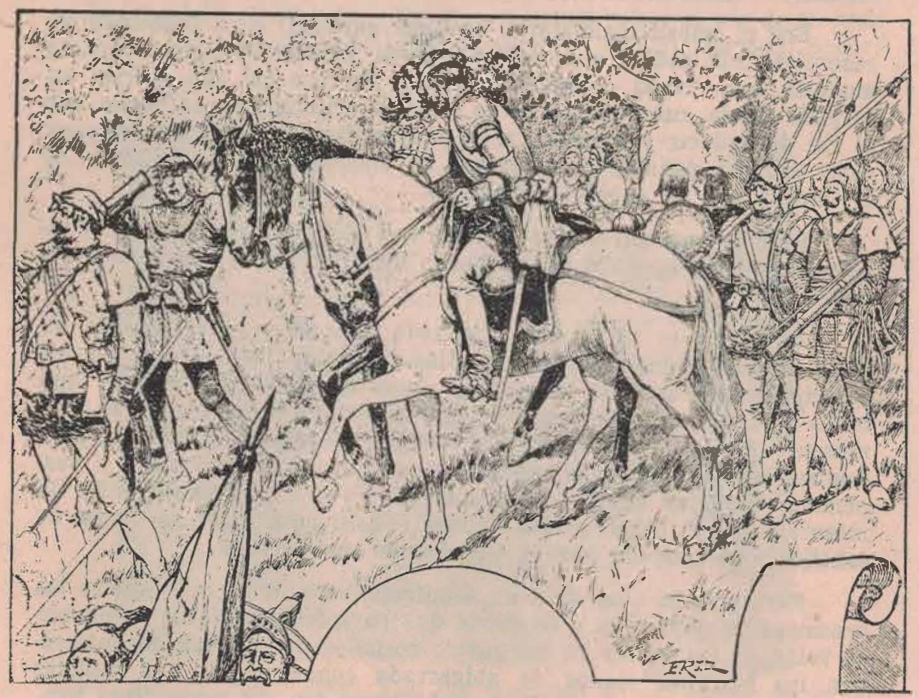
deras y todo amenizado con música y vítores al Rey y a la máxima autoridad local.

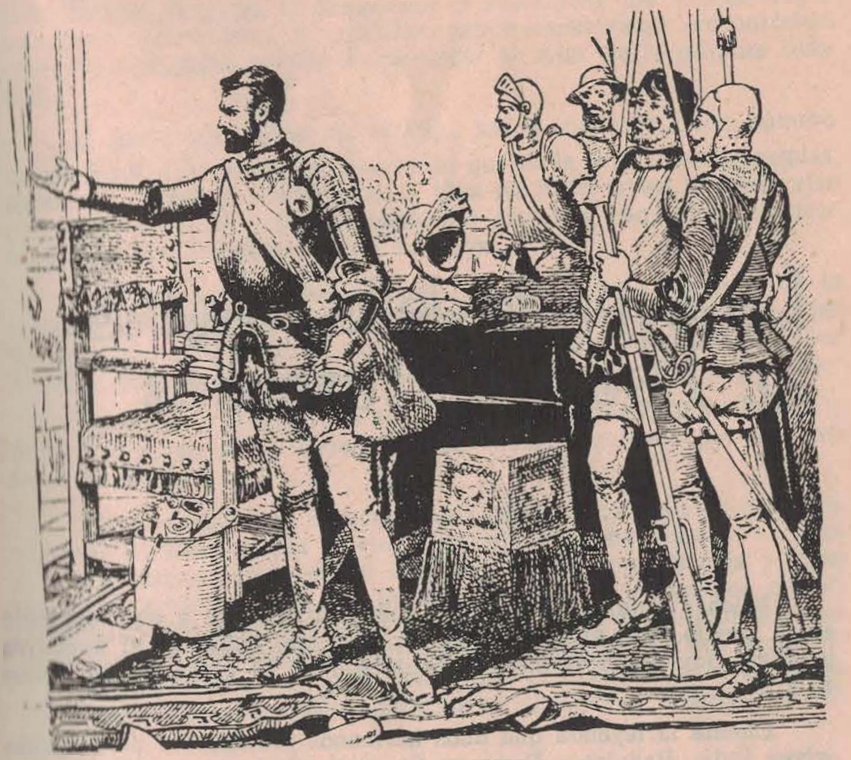
A hora oportuna asomó por el zaguán de las casas reales el Capitán General. Blanca la barba, alegre el rostro, ardiente el mirar de sus acerinados ojos. De terciopelo blanco vestido, valona y puños con azahares rivalizan. Montado en brioso castaño a ocupar su puesto va.

Diestras evoluciones de los cuerpos precisan lo militar. En cerrados pelotones se acercan al centro del lugar. Aparece el León de Castilla, custodiado por dos torres, entre rojos y amarillos de los estandartes de percal.

Atambores y trompetas se escuchan al caminar el potro con sus cascos al compás, sacando chispas al suelo enlosado del portal. El garboso jinete lo hace caracolear, piafar y bailar. El júbilo es general. Se alboroza y se divierte la Muy Noble y Leal Ciudad. Núñez a la cabeza vase a colocar del escuadrón de montar.

Se espera impaciente la señal. Lista está la artillería esperando el movimiento de la espada toledana de su altivo capitán.





Al iniciarse la artificiosa escaramuza toda la tromba caballeresca acaudillada por Melián asomó por una esquina. En el fragor de l carga pasó su gualdrapeado corcel junto a un cañón que en esos momentos disparaba. Azorado el caballo tendió impetuoso a desbocarse. Diestro jinete, con mano firme detúvole el viejo gobernador. Pero con violencia tal que se rompió la cincha al castaño y al caballante un braguero que vieja hernia protegía, la que súbitamente se le estrángulo.

El bizarro militar, héroe de innúmeras, reales batallas, apenas tuvo tiempo de entrar por donde salió de palacio, en los trasudores de la agonía. Va a socorrerlo pronto un esclavo que lo toma en brazos, lo baja y tiende a la orilla del portal. Desmontaban también los escuderos que a auxiliarle presto van. Mas todo es ayuda vana. Cuando le bajan del caballo ya difunto es.

La campana catedralicia que contenta difundía su metálica voz, tañe ahora con fúnebre acento. La corneta militar y los roncos atambores redoblan a funeral. Inclínanse las banderas hasta rasar el suelo en tanto las armas todas rinden postrero honor.

Lo que antes era popular regocijo tornóse en minutos en lúgubre escenario. ¡Qué gloria, poder y riqueza en un minuto se van!

La leyenda de la esquina de Los Dos Camellos

Muchas esquinas de Mérida deben su nombre a algo ocurrido en el predio, que al convertirse en comercio conservó el apelativo popular. Hoy nos referiremos al ubicado en el cruce de las calles 49 x 66.

Cuenta la leyenda que unos hermanos portugueses de probable origen judío, Rodrigo y Pomposo Carvajal, arribaron a Yucatán.

Los supuestos hebreos eran comerciantes y lo mismo vendían brocados y sedas como traficaban a trueque loza y baratijas, recibiendo mantas de algodón que tejían las indias, añil, miel, copal, cera, jarcias de henequén y maderas colorantes.

En uno de sus viaje la nave naufragó cerca del Cabo Catoche, salvando sus vidas y poco de sus mercaderías. Decidieron establecerse en Mérida. Pero acostumbrados a deambular adquirieron bestias para arrias, cosa nada fácil de conseguir en esos tiempos de fines del siglo XVII.

Habiendo organizado su nuevo negocio viajaron de poblado en poblado cambiando productos y residiendo desde entonces en la esquina mencionada.

Se asegura que el Santo Oficio los investigó porque la gente observó que no concurrían frecuentemente a misa, pero nunca fueron sorprendidos en delito de blasfemia. De la investigación salieron limpios, y con grande esfuerzo, después de dos años de agobiante tránsito por erizados caminos, no solamente repusieron el perdido capital sino lo incrementaron.

Pero los productores locales, desconfiados, no les proporcionaban atención ninguna, ni hospedaje ni agua para sus animales, que solamente descansaban y reponían donde casualmente encontraban cisternas o aguadas, o bien hasta llegar al solar de la esquina susodicha.

Al morir por exceso de trabajo, sed e inanición buen número de sus bestias de tiro y previsores de que dada la escasez de yeguas, pararía su negocio, concibieron la idea de pedir a un pariente rico residente en Orán, entonces población española con gran comercio árabe que les remitiera veinte camellos.

Otra tempestad volvió a hacer víctimas a los Carvajal y de la veintena de aguantadores cuadrúpedos, salváronse sólo cinco, tres de los cuales se quedaron en Santiago de Cuba en poder de unos mineros que los bienpagaron, llegando únicamente dos a Yucatán.

Entonces sí se mantuvo el negocio con la resistencia camellil y hubiera sido digno de verse el paisaje nuestro surcado por tan exóticos animales.

Por ese rumbo de Santiago norte, alternaban mulas y camellos, viviendo los últimos más de cincuenta años y probablemente no constituyeron pareja ideal porque hubieran tenido descendencia y hasta hoy tendríamos andando por nuestros caminos a los gibosos camélidos, resistiendo calores y sequías. Por esa razón la casa de los Carvajal fue conocida popularmente como "la casa de los dos camellos" y hasta hace algunos años la tienda que la ocupaba lucía en su fachada dos de esos animales pintados al óleo, cuya estampa ya desapareció.

Esquina de Los Dos camellos. Todavía se conserva la entrada al patio donde se guardaban los camélidos.

La boda imposible

Un faldellín he de hacerme
de bayeta de temblor,
con un letrero que diga:
¡misericordia, Señor!
(Copla popular del siglo XVIII)

Lo que voy a relatarte no se sabe con precisión cuando ocurrió. Es un suceso que se cuenta por tradición oral de viejos a nietos, o mejor si el escuchante no guarda ninguna relación sanguínea con el narrador.

Por la gravedad del casi ni siquiera se puede poner los nombres auténticos de los protagonistas como en las leyendas anteriores que te he contado, pero parece que las cosas ocurrieron de esta guisa:

Convivían en la buena sociedad emeritense dos hermanos solterones cuya vida ya trasponía la treintena, que en esos tiempos se consideraba edad avanzada para decidirse a iniciar una aventurada unión conyugal.

Los hermanos tenían hábitos muy ordenados en el transcurso de su cotidiana existencia, como todos los habitantes de esa época en esta apartada provincia. Concluída la plática habitual vespertina de don Federico con sus amigos, después de discurrir ese domingo por el Paseo de las Niñas Bonitas, donde ahora existe la llamada Calle Ancha del Bazar, se dirigió de regreso a su casa. En aquella ocasión no lo había acompañado su hermana menor, doña Inés, por padecer fuerte jaqueca que no le habían aliviado los caseros remios de ese tiempo.

Vivían los solteros en uno de los costados frente a la plaza de

San Juan, que así la distancia por recorrer a pie no era larga para don Fede. Su caminata era pausada y observando las lentas transformaciones de la ciudad. Como se acercaba el invierno los días eran cortos y pronto las sombras de la noche se espesaron más y más sobre las polvosas calles, ganándole la acción a los prendedores públicos de los mecheros que a tramos iban poniendo mortecinas luces en las instalaciones hechas exclusivamente para la primera traza de Mérida. Apresurando el paso, pensando en la soledad de su hermano, al llegar a su casa que aquí que unos llantitos impresionan sus oídos y se encuentra con una canasta de mimbre que aína atropellada al llegar al zaguán de su casa. Sin saber cómo, con gran turbación, olvidó sacar el llavín y trabajosamente golpeó con fuertes aldabonazos en la tallada puerta de caoba ornada de cerrajes de bronce. A poco abrió una de las servidoras, quien igualmente aturdióse ante el encuentro del amo con la hermosa niña de dorados bucles que llevaba en los brazos.

De común acuerdo los hermanos decidieron adoptarla y fue bautizada en la iglesia de enfrente poniéndole por nombre Margarita.

Transcurrió el tiempo lento, pero constante, digamos unos dieciocho años y en la misma casa sanjuanera hay preparativos de boda. No menos de cien calezas distribuyéndose por las calles que rodeaban esa plazuela. Gran concurrencia estaba presente en la amplia casa solariega, iluminada con lámparas de cristal cortado portando numerosos cirios de cera, pues los hermanos "echaban la casa por la ventana", después de haber llevado una vida casi monástica, por la boda de su adorada Margarita con don Luis, gallardo mozo, hijo de un matrimonio de polendas formado por don Pedro y doña Mencía.

Ya estaba el sacerdote oficiante en el altar de la capilla familiar, listo para la ceremonia, cuando don Pedro llegó acompañado solamente de su hijo, pretextando una inopinada indisposición de su mujer. De todas maneras, aunque lamentando la ausencia de una de las partes concertantes se procedió a la ceremonia.

Y en el momento en que los contrayentes unen sus manos para ser bendecidos y declarados marido y mujer, se abrió paso entre la elegante concurrencia una señora pálida, los cabellos revueltos, la mirada extraviada, expresando reiteradamente "No, No". Su actitud y descompostura interrumpió la ceremonia causando honda expectación. Acercándose a la novia díjole con exaltación. "Niña, no os caséis, es imposible vuestro matrimonio". ¿Qué significa esto gritó más que exclamó don Pedro?, en el tono más alto de su cólera, al reconocer a doña Mencía, su esposa.

—Ya te había dicho que mi hijo no podía ser esposo de Margarita —expresó la intrusa con energía.— "Repetidamente me lo habéis dicho, pero sin razón ni argumento convincente" —clamó don Pedro —¿Qué puede impedirlo?" —Margarita también es mi hija. Y acabando de proferir estas inesperadas palabras cayó desvanecida en los brazos del sacerdote.

La cruz del Paredon

Después de la medianía del siglo XVIII vivía en Mérida un noble criollo, Félix de Santillán llamado, cuya unión matrimonial, reciente aún, transcurría al ritmo apacible de la ciudad.

Por inexcrutables, ocultos designios del destino al nacer su primogénita María, la madre sucumbió.

Consagró don Felix el resto de sus días a acrecentar su caudal y hallar esposo adecuado a su agraciada hija.

Al cumplir la chiquilla quince abriles, floreció su belleza. Sombreaba la albura de su tez el largo desplome de sus negros cabellos sobre los hombros. Sonreía placenteramente con hoyuelos que alzaban su gracia.

Aunque no era mal mirada por la juventud de postín, su tierno corazón ya había sido prendado. En un festín alegre y bullicioso hasta donde lo permitían las recatadas costumbres de la época, se encontró con Fernán, a quien contempló unos instantes venturosos como extasiada. Desde entonces fue dueño de las emociones y pensamientos de la bella. A fe que el galán era hermoso y en la doncella grabóse su imagen con la sangre indeleble de la pasión.

No había pasado el romance de platónicas miradas hasta que el osado pretendiente, durante serena noche, amoldándose a nueva costumbre iniciada llevóle serenata, acompañado de su vihuela. Demás será contar que a la muchacha sonaba a celestiales armonías lo que la voz y la endecha expresaban: "Porqué duermes, corazón/ Celeste hurí de mi vida,/ Cuando a gozar te convida/ Mi canción/ Despierta, porque adorar/ Es muy grato a un ser sensible/ Y de honda pena es

horrible/ Suspirar./ Ven que el alma de dolor/ Sin tu aliento se marchita,/ Ven que mi seno palpita/ Por tu amor/ Asoma y calma este afán/ Que mis cantos te revelan,/ Mira que las horas vuelan/ Y se van..."

Impulsada por enajenados sentimientos María cruzó la estancia, vio a su Fernán querido y en aquella hermosa noche perfumada con azucenas, "mariposas" y "galanes de noche" confundieron sus alientos en suspiros entrecortados de amor.

Pasó un año de esta escena ignorando de Santillán los ocultos amores de los tórtolos y sin comprender porqué ningún enamorado simpatizaba a su pimpollo. Fernán era pobre, aunque de hidalga cuna y pensando ser rechazado por el noble a España decidió partir el cuitado en busca de fortuna. Embozado hasta la oreja camina el apuesto galán, asomándole de la capa contera de larga tizona. Cercana torre suena doce campanadas. Trepa el intruso por la escarpa hasta un balcón: — "Mi suerte impía" — "Debo irme, es preciso por la felicidad de los dos". Después de reproches y arrumacos María se arranca del cuello una cruz de oro pendiente de un collarcito de pequeñas perlas. Fernán le deja una miniatura de marfil con su retrato pintado, en amorosa prenda.

Tres años de ausencia pasaron sin noticias de Fernán al punto de suponer la que lo esperaba que la Parca se lo había despojado. Al término de este tiempo don Felix agonizaba con la preocupación de sentir desamparado a su tesoro, cuyos temores le manifiesta. La joven le confía que esposa será de Cristo y ocurridos los funerales la puerta de las Concepcionistas tras ella se cerró.

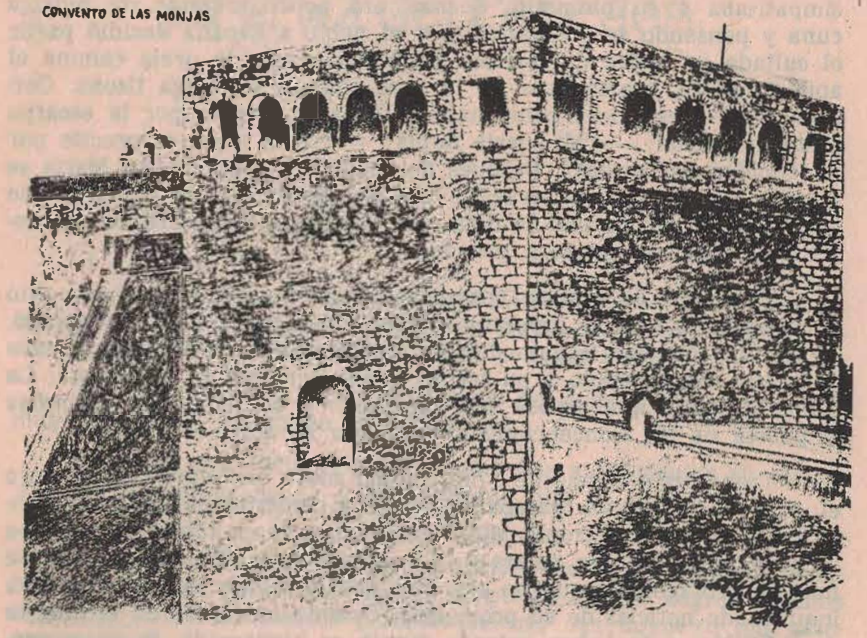
Transcurría el año de 1790 cuando sobre un negro bridón, bajo el Arco de San Juan, pasaba un hombre montado llevando con lento ritmo su garbo varonil. Muy cerca, sobre tosca tabla colgada, lee "Bien venidos los que vienes a la Posada del Gallo". Allí aposentóse nuestro protagonista que no era otro que Fernán y del mesonero va inquiriendo noticias de su prometida. Cuando se entera de la muerte de Santillán y de haber entrado monja su bienamada, la desesperación lo consume. En el registro de los pasajeros se anotó "Vizconde Fernán de Silva y Velazco".

Pasaron seis meses largo desde el arribo de Fernán sin poder mirar a María y desesperando de sus ruegos al cielo. no me creas, pero cuentan que exclamó: "—Dámela tú Satán, que en vano a Dios la pedí". No narra la conseja si hubo el clásico olor a azufre, pero una figura a su llamado acudió y al punto pactaron: "—Tú, mi alma". "—Tú a María".

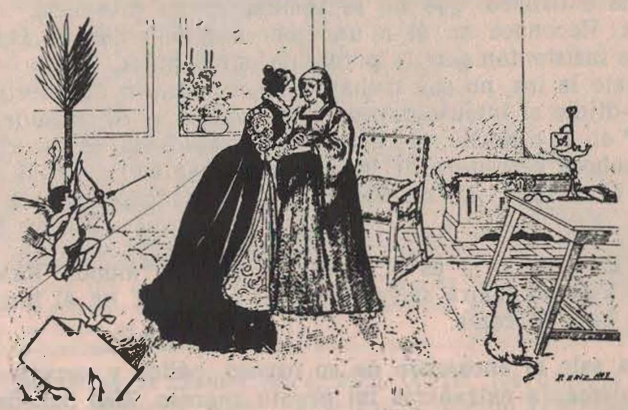
Satán ordenóle vestirse de clérigo. Mientras se ensotanaba miró por casualidad el espejo y la sangre se le heló al verse rugosa la faz, blanquecinos los cabellos.

En tanto, en el Convento, la Abadesa despertó al portero Crisanto ordenándole fuera por el Padre Roberto para darle los óleos

a Sor María. Tomó la linterna el recadero. Al volver en una esquina se dio contra un bulto oscuro. De la discusión surgió que el Padre estaba en una casa cercana y a por él fueron. Poco después portero y falso cura entraron silenciosos por la puerta conventual. En el lecho de la moribunda se encuentran los antiguos enamorados que se ven con los ojos de antaño. Muéstranse sus recuerdos y deciden escapar. En el conticinio María arrepentida desiste de huir, en tanto Lucifer quiere cobrar su presa que ya fallece de melancolía. Fernán informa de su satánico pacto. La monja exhibe la aúrea cruz que obliga a retornar al demonio hacia el Averno. Amanecieron muertos los enamorados bajo la Cruz del Paredón.



Intrigas políticas en el secreto de una alcoba



Los tiempos de la Colonia, por lo pequeño de la ciudad y lo grande de las ambiciones, se prestan al chismorreo, la calumnia y, por fin, la conseja, adicionada de falsos y auténticos matices.

La que contaremos hoy data de casi la medianía del siglo XVII. Gobernaba la provincia don Diego de Zapata y Cárdenas, Marqués de Santo Floro. Un tanto accidentada había sido la estancia del Capitán General, desde el suprepticio desembarco en Dzilam, huyendo de la pirática embarcación de Diego el Mulato, la suspensión de la alcabala general del "tostón", que superiores disposiciones habían impuesto en el régimen anterior, para mantener un servicio de barlovento contra las invasiones corsarias, contribución que desde luego le ordenaron pusiera nuevamente en vigencia con natural descontento, hasta sus conflictos con el Cabildo emeritense, tan proclive a enfrentarse con la autoridad real en Mérida.

Aunque entrado en años, casado con mujer joven, de galana belleza y distinción, su casa fue sede frecuente de reuniones sociales de la flor y nata de la Colonia.

De esta tradición nos han llegado dos versiones. Hemos preferido narrarte una, entresacando la que se ajusta a lo consignado por nuestros historiadores.

Cuando la discrepancia con los regidores, la fricción fue más personalizada con don Gaspar de León, Capitular del Ayuntamiento. Para que la conjura de los ediles contra el Gobernador no trascendiese, reuníanse después de las diez de la noche en residencias distintas.

Fue así como a una de esas asistiría el homónimo de uno de los Reyes Magos. En la soledad de las oscurecidas calles, de León iba presuroso a su domicilio. Al abrirle las puertas de su casa, díjole a doña Margarita Ochoa, su esposa: —"No regresaré sino a la madrugada. Hay reunión urgente de la Santa Hermandad".

Después de visitar a una vecina en las mismas circunstancias, Margot llegó a su casa y al entrar a su aposento le sale al paso un escondido caballero, que no se inmuta en su presencia, es más, la esperaba. Reconoce en él a un embozado seguidor de fascinadores ojos, que insistentemente la perseguía por doquier. —"No os asombre ni arrebate la ira, no soy truhán, sino un esclavo de vuestra hermosura" —díjole el intruso cayendo de rodillas. —Al instante salid, villano" Y en la discusión de enamorado y asediada, se escuchó el crujir de mohosa cerradura de las puertas de la calle. —"¡Mi marido!", esclama la cuitada, ¡Mi marido! Seréis castigado por este allanamiento".

—"Mi señora, si es él, perdidos estamos ambos. Razonad con frialdad. Vuestra honra salvaré con mi osadía. Y en el instante desapareció bajo la cama.

Ella sale al encuentro de su esposo, pálida y nerviosa todavía. —Probablemente extrañarás mi pronto regreso. Mas hallada la solución para acabar con el tirano, razón no había de trasnochar".

—¿Por qué dices eso? —pregunta trémula y suspicaz, no sin mirar el piso donde se asentaba el lecho.

—Por quién más ha de ser, por ese indigno Marqués de Santo Floro, quien juzga que no estamos aquí hechos a comernos "marquesotes" (golosina muy gustada de aquella época). Y así le fue contando detalles de la conspiración que pondría al Marqués entre rejas, portando "calcetas vizcaínas" (grilletes de los condenados).

Cambióse indumentaria por la de dormir el marido, se apagó la llama del candil, descubriendo la brisera y acostóse junto a ella refiriéndole la anticipación de lo que ocurriría al siguiente día.

La protectora oscuridad y los ronquidos de don Gaspar, facilitan el escape del intruso, con la colaboración de la señora. Desaparece por el muro y dirige raudo sus pasos hacia la Casa Real, donde cuenta a Santo Floro su aventura, ya que era su paje.

Cuando el alba con su clara luz cernida inicia las calurosas actividades cotidianas, varios grupos de soldados, en secciones de a cinco, conducía entre filas a cada uno de los azorados regidores, remitiéndoseles al siguiente día a Sisal, para ser embarcados en la primera goleta que saliera con destino a Veracruz.

La casa del diezmo

La Casa del Diezmo. (fue derruida la fachada sobre la calle 60 conservándose la estructura del fondo del patio, precisamente donde ocurrieron los hechos de la leyenda)

Al expandirse la ciudad en el siglo XVIII, los barrios destinados a población indígena, como Santa Lucía, fueron ocupados por la nueva población criolla y mestiza.

Todos los nativos se desplazaron al nuevo de Santana. El cacique maya de Santa Lucía no cambió su residencia, ubicada frente a la entonces llamada Ermita y primer cementerio de Mérida, Joaquín Tuyub había casado con mestiza, Catalina nombrada, fruto de los amoríos del hijo de un encomendero.

Fue feliz el matrimonio de cuya compatibilidad nacieron 8 hijos. Tuyub todavía alimentaba el resentimiento por la humillación de su raza. En la camada Tuyub había una joven muy linda, beneficiada con la mezcla de conquistadores y conquistados. Tenía la prestancia de los cupules de Valladolid y la gracia andaluza de las sevillanas. Acababa de cumplir 18 años e irradiaba belleza y encanto. Mimada del cacique y orgullo de la casa.

Vinieron unas de las primeras celebraciones carnavalescas en la Mérida colonial que se efectuaron en la llana plaza de Santa Lucía. Bailes y saraos y entretenimientos españoles. En una de las noches celebróse una de las primeras "vaquerías", verbena de origen hispano con matices indios que recién había evolucionado en las haciendas ganaderas. Dolores, la muchacha a quien nos hemos referido, danzó la jarana con acompasado ritmo y donosura, causando la admiración de todos por su vistoso "terno" de bordado multicolor, alhajado con la mejor filigrana artesanal de la época. Se iniciaba la costumbre de premiar con "galas" a las mejores bailadoras, torres de sombreros sobre los encintados bucles de las damas. De todos ellos uno fue rescatado y por el delicado perfume pertenecería a

persona de alcurnia. Siguió el baile y el incógnito galán no se presentaba, lo cual intrigó a la bella Loló. Casi al finalizar la fiesta, aproximóse a ella un garboso "mestizo" y al recibir el sombrero no le dio el clásico doblón, sino aúrea medalla de la Virgen del Pilar, con la inscripción: "Pasaré por ella"

Transcurrieron los días de la Cuaresma y el jueves Santo, durante la procesión del Cristo de la Conquista, imagen de bulto que recorría parte del centro de la ciudad, cargada a turnos por voluntarios encapuchados y cuando el pueblo se desbordó, uno se le acercó desencapuchándose y tomándole la mano le musitó: "Por la Pascua recogeré la medalla".

Ese domingo paseaba la joven por la huerta que daba a la calle 62, cuando entre los matorrales asomó el apuesto galán.

Pronto Joaquín Tuyub observó variaciones en el carácter de la joven y al espiarla sorprendió la común escena de los enamorados. Ciego de ira, con el machete que portaba al cinto arremetió contra la pareja, cortando el hilo vital del cariño de su vida e hiriendo gravemente al seductor. A Dolores la entró la servidumbre al interior de la casa, declarándosela muerta por accidente. El fue encalabozado en una planta alta posterior. Allí curó el Alférez Alberto de Pino y Santiago. Luego fue dejado inicuamente morir de sed e inanición.

El nombrado militar jamás contestó a la lista diaria mañanera en el cuartel, borrándosele por desertor.

Pasados los años la familia Tuyub trasladóse al barrio de Santana y alquiló su antigua casa a un español. Pero viejo y abrumado por el peso de su crimen, Joaquín lo confesó a un fraile que lo absolvió, disponiendo ambos que las rentas de aquella casa pasaran al patrimonio de la iglesia,operándolas como diezmos. Por eso fue conocida mucho tiempo como la Casa del Diezmo, misma que habitó el Dr. Pedro F. Rivas y donde se desenvolviera el inolvidable grupo teatral de "La Casona"

Origen del nombre de las esquinas El Degollado y La Veleta

Te referiremos hoy el origen de las denominaciones de estos cruceros que conservan el antiguo nombre aunque los edificios hayan desaparecido. Además, están unidos por el cordón umbilical de la misma leyenda.

Todo mundo menciona el cruzamiento de las calles 60 con la 67 con el primero de los apelativos mencionados. En los primeros años de la última década del siglo XVIII, en la casa que ahora mantiene el nombre existía una peluquería de postín. Como sabes, los barberos de aquella época no se limitaban a las funciones de arreglo capilar, sino que eran solicitados como auxiliares médicos. Nuestro protagonista de las tijeras era un criollo Lucas Pinzón llamado.

Lucas tenía una preciosa noviecita de 17 presentaciones de la flor de mayo, que moraba en una casita de tejas cuyo frente principal daba a la calle del Matadero Viejo (66) y el costado de la esquina a la de Santa Catalina (65). El galán costumbraba silbar a su bella dama con el gorgeo del "azulejo". La muchacha llamábase Hipólita, apocopándose hasta quedar en Lita. La dicha era un tanto o más coqueta. Pero como el novio sulfurábase cuando algún parroquiano decíaselo, ya nadie la mencionaba.

Gobernaba la Provincia el Capitán General don Lucas de Gálvez, uno de los pocos mandatarios que realizó recordables obras en su efímera representación de Carlos IV en Yucatán. Joven y apuesto, si grande era su amor al prójimo, afírmase que mostraba mayor afecto a la prójima.

Por esas fechas hubo solemne función religiosa en la iglesia de Monjas, y accediente a insistentes invitaciones de las Concepcionis-

tas, ocupaba el sitial de honor el Gobernador y Capitán General. En una de las ocasiones del ritual de la misa en la que todos los asistentes se ponían de pie, la madre de Lita captó las encendidas miradas que de Gálvez dirigía a su hermosa hija. Todavía fue más lejos el funcionario émulo del Burlador de Sevilla, cuando tomando el agua bendita con tres dedos los posó sobre los blondos caireles de Lita.

Después de escuchar la última campana de las vísperas horas canónicas (las 6 de la tarde) Lucas se emperifolló con sus mejores galas y fue a proveerse de su regalo habitual (alfajores) en una panadería cercana y emprendió el recorrido de costumbre. Remedó el canto del "azulejo" y ni por éstas. Ya estaba por retirarse cuando asomó la viuda progenitora de su amor a quien le pareció encontrar amohinada. Pese a la actitud hostil inquirióle por la deseada, informándole que padecía dolor de cabeza y no podía salir. El cuitado decidió dar una vuelta a la plaza principal antes de recogerse. Pero cuando pasaba frente al Mirador de Monjas vio el carruaje de su tocayo de Gálvez (ya sabía la escena de la iglesia) y maliciando siguiólo a todo su caminar hasta verlo detenerse en la puerta de la casa de su adorada. Bajó el cochero y a poco el mismísimo Gobernador. El barbero trató de penetrar antes y con tronante voz alguien grito "Ah del villano", simultáneamente seguido de un trancazo en la preocupada testa del novio, que inconsciente fue conducido preso a la cárcel junto a las Casas Reales.

Cuentan que la visita de su señoría se prolongó hasta el segundo canto del sereno. Por la mañana compareció Lucas ante el alto funcionario y después de escuchar sus razones éste le dijo: "Idos hoy en paz y volved mañana a esta misma hora y creo que de no ser el más solemne mentecato, habréis pensado como conviene"

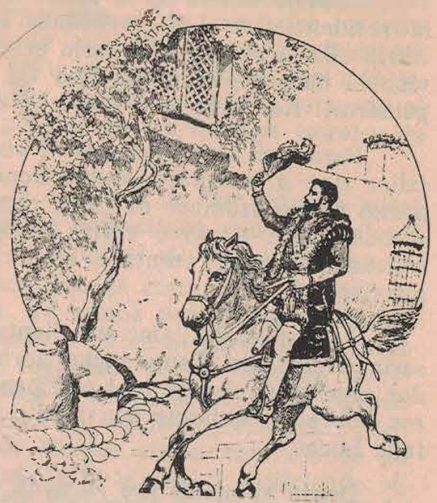
Todavía con fe en la dueña de sus tristezas y alegrías volvió a la residencia de Lita, oyéndola canturrear. Llamó discretamente. Abrió ella la puerta y al verlo gritó hacia el interior —"Mamá, aquí vino el barbero, es mejor que Ud. le diga lo que tratamos, voy a peinarme. Recuerde que tenemos visita a la noche".

Para qué esperaría más el contristado peluquero. No fue a su taller sino a la contraesquina donde funcionaba una taberna. Consumió medio azumbre de caña, pidió luego otro que llevó a su clausurado taller. Escribió cartas, recados, formó paquetes y mientras consumía el licor asentaba en un cuero de venado su más filosa navaja.

Amaneciendo llamó un cliente, luego otro y más tarde un emisario de Palacio. Como nadie abría, llegó después un carruaje con dos corchetes, el juez y el escribano. Forzada la cerradura encontraron sobre un butaque con media cabeza adherida al cuello del infeliz Lucas.

Desde entonces fue llamada esa esquina de El Degollado y a la de la casquivana La Veleta, por su facilidad de cambiar al impulso del viento más fuerte.

La vara de justicia del Capitan General



En los primeros años del siglo XVII, gobernando la provincia con acierto y progreso don Carlos de Luna y Arellano, ocurrió un suceso digno de ser narrado por la importancia de los personajes y porque refleja la mentalidad de la época.

Vivían con gran preminencia todavía los descendientes de Francisco de Montejo, el Mozo, fundador de la Ciudad y su condición prevaleciente era motivo de fricciones con las nuevas autoridades enviadas por la Corona.

Luna y Arellano había ordenado a los encomenderos que exhibieran documentos acreditando sus títulos y como resultado de la diligencia declaró vacante la de Juan de Montejo y Maldonado, nieto de don Francisco. El auto fue revocado por la Real Audiencia de México con la confirmación del Real Consejo de Indias.

Con estos antecedentes va de leyenda.

Un misterioso mensaje llegado a las manos del joven Montejo cuando visitaba su encomienda del Oriente lo puso en la más profunda angustia: "Mientras os ausentais, alguien trata de manchar con impura pasión la inocencia de María. Venid hoy mismo, don Juan". Nadie firmaba la inquietante misiva, que el recipendario por más que inquirió no supo cómo llegó a su poder. Pero los celos mueven montañas y acortan caminos. El avisado montó en su tostado alazán y emprendió velozmente el regreso. Debajo del ancho, emplumado sombrero sólo desfilan en la cabeza lúgubres presagios y anhelos de cruenta venganza. La embozada capa los protege de sol y calor.

El agreste paisaje de monte alto y el arrullo de los aéreos habitantes del bosque no turban ni disipan los sombríos rensamientos del aguerrido don Juan.

Ya las sombras de la noche caían espesas sobre las goteras de Mérida cuando el caballo de Montejo, exhausto, espumantes los belfos, sonaba sus cascos sobre la Calle Real de la Villa (unía Valladolid con la capital, la hoy 61 oriente). Pronto estuvo a las puertas de su solariega casa, que todavía se yergue esplendorosa y pétreamente labrada frente a la Plaza.

Descender del animal y atarlo ya agonizante a un álamo próximo transcurrió en segundos, cuando una imprecisa sombra surgió de las tinieblas preguntando: "Por ventura, ¿sois don Juan?", entablándose un violento diálogo del que pudo escucharse el nombre de Tristán de Luna, hijo del Gobernador, de la inocencia de María y del informante Fray Pablo de Navarrete y Navedo.

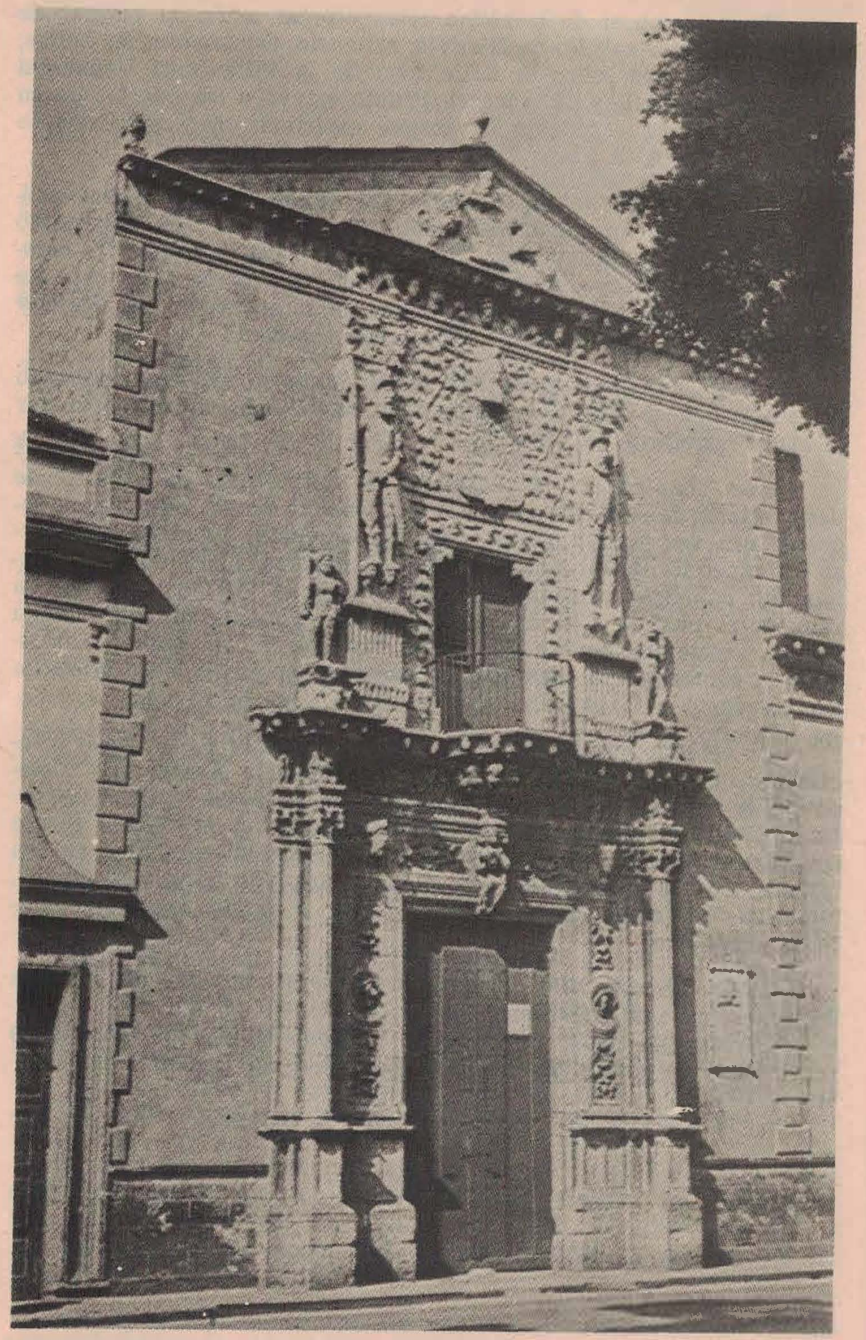
Presto don Juan el zaguán de su mansión alcanza y sacando del cinto mohoso llavín, de rabia temblando, logra introducirlo por la tosca cerradura de bronce.

Casa adentro, en la recámara de doña María de Velasco, se desarrollaba una infame escena, en la cual la dama, después de rechazar una vez más al osado, tenaz pretendiente, quien como recurso último se introdujo audaz, subrepticiamente al aposento de la pretendida, hallábase armada de agudo puñal de plata guarnecido de relucientes piedras y el de Luna, a cierta distancia situado, cuando irrumpe estrepitosamente don Juan: "Ladrón de mi honra —exclama— encomendaos a Dios que la muerte os espera". Y se cruzaron los aceros.

De cercano cuarto asomó de súbito la sombra de un sayal franciscano con grave majestad revestido (el supuesto Navarrete y Navedo) "En nombre de Dios, Montejo dominaos y vos, Tristán, reportaos". Después repróchales su arrojo y denuedo. Y es Tristán el que soberbiamente reclama identidad y derecho para inmiscuirse en tan íntimos asuntos. "Que quién soy villano, Carlos de Luna y Arellano". Mientras, Tristán se desplomaba de hinojos, y el falso fraile se despojaba la capucha.

El Gobernador dijo entonces a Montejo "Matadle, Juan, os lo dejo, su vida está en vuestra mano".

Demás está decir que Montejo perdonó al hijo de tan idóneo funcionario y reconcilióse con él, al admirar su inusitada justicia.



Portada Casa de Montejo.

Las tribulaciones de un padre soberbio

En el año de 1621 vivía en Mérida un criollo que a la sazón desempeñaba los honrosos cargos de Alférez Real, Maestre de Campo y Regidor Perpetuo del Cabildo de Mérida. Natural de esta muy noble y muy leal ciudad, don Alonso de Zanabria era hijo de un caballero del reino y nieto de un español de los conquistadores de México. Su enlace con la hija del capitán don Alonso de Vargas, de la cepa de los Vargas Machuca, alzó su importancia, al grado de que el rey Felipe III, por recomendación especial del Virrey, le designó con las gracias y mercedes a que nos hemos referido.

Ignoramos si por razones de alcurnia, por las distinciones recibidas o por temperamento, don Alonso era extraordinariamente soberbio, despreciativo de las familias descendientes de los conquistadores de Yucatán, de cuyos jóvenes decía que eran caballeretes holgazanes, buenos para nada, que muy engreídos pululaban por la Mérida de entonces.

La viudez prematura, cuando contaba 34 años de edad, acentuó su amargura. Posteriores desavenencias con los deudos de su esposa, lacerraron más aún su entristecido corazón.

Su encantadora hija, doña Felipa de Zanabria, era una de las bellezas extraordinarias de nuestra capital. Hija única de su padre, de alba tersura de piel, acerinados ojos y cabellos azabache, se aderezaba con suma elegancia. Habiendo heredado el orgullo altivo de su padre, su carácter era igualmente firme y tenaz en sus decisiones.

Despreciando con gran altivez a los pretendientes meridanos de Felipa, como ya te dije, don Alonso habíala comprometido en matrimonio con un hijo de Leonel Cervantes, distinguido caballero del virreinato, habiendo avanzado los tratos al punto de que Zanabria

tenía poderes especiales de su futuro yerno para la boda. La familia Vargas Machuca, enterada de las negociaciones del padre de la belleza yucateca, habíala prevenido, levantándole el ánimo para evitarlo.

La ciudad de Mérida, por aquel entonces, iba a celebrar el ascenso al trono de un nuevo rey de Castilla (alzando pendones (ceremonia de estandartes que simbolizaba vasallaje). Para dicho acto, que se celebraría el 8 de agosto de ese año se erigió en el centro de la plaza principal un tablado cuadrilongo. Don Alonso era director principal de los detalles protocolarios de aquel acontecimiento histórico en la existencia de la colonia. Desde la víspera los muchachos hijos de los encomenderos compitieron en habilidosas justas que culminaron con el clásico "Juego de Cañas" (Fiesta de a caballo en que diferentes cuadrillas hacían varias escaramuzas, arrojándose cañas, de las que se protegían con las adargas, escudos de cuero ovalados).

Al amanecer ese memorable día, en las casas consistoriales el Gobernador juró en manos del Alférez Real, y en manos del primero lo hicieron el Obispo, capitulares de Cabildos, encomenderos y funcionarios. Finalizada la solemne sesión, toda la concurrencia organizada en procesión se dirigió al tablado de la plaza, donde se había instalado un trono y sobre él asentado el retrato del nuevo monarca. Una vez en el lugar el maestre Zanabria gritó tres veces: Mérida, oíd, escuchad, atended. La ciudad de Mérida alza hoy pendones por el rey don Felipe IV, el Grande, que Dios Guarde", exclamaciones que fueron coreadas por entusiastas "Vivas" por los presentes. Mientras se escuchaba un repique general en todos los campanarios y salvas estrepitosas de la milicia, frente a las casas de gobierno, la comitiva se dirigió a la Catedral.

Dentro del imponente templo hizo impresionante aparición nuestra heroína, de riguroso terciopelo negro vestida, cubierta de joyas, atrayendo las miradas masculinas y femeninas allí asistentes. Concluída la función religiosa Felipa fue a esperar al obispo Fr. Gonzalo de Salazar en sus aposentos. Antes habíale enviado una carta explicándole su situación y el deseo de meterse monja antes que satisfacer la terquedad de su padre. De inmediato el prelado la envió en su carroza al Convento de las Madres Concepcionistas. Tres años después, en diciembre, durante la celebración del Día de la Concepción, el sacerdote, después de la celebración de la misa, bajó a la reja del comulgatorio para recibir los votos de una purísima paloma, nueva esposa de Cristo.

De acuerdo con la establecida costumbre, la profesa debía decir eterno adiós al mundo y a sus parientes. Embozado caballero se acercó abriéndole los brazos. "Adiós, idolatrada hija, siempre fuiste digna de tu padre". —"¡Padre mío! ¡Adorado Padre Mío!"

El niño aparecido

La acción de esta leyenda transcurre en una calle de las que, antes de que Mérida tuviera nomenclatura moderna, recibían el nombre del pueblo con cuya prolongación lindaban. Esta llamábase de Cancel. Es la actual 59-A de la ciudad.

En una de las puertas de la casa, próxima a la esquina, los moradores tenían un tendajón, donde se expendían los efectos más disímiles. Lo mismo recauderías y cosas de uso casero, que licores.

Componíase la familia de una anciana sesentona, y tres solteronas muy mayorcitas. La principal protagonista, Narcisa, respondía al alias amestizado de Xcisita, gran mitómana y curiosa.

Un primero de noviembre, la familia Dzul, apellido indígena que llevaba, habíase esmerado en la confección de "mucbil-pollos" (pastelos de maíz cocidos bajo tierra), atoles y chocolates. Antes de la merienda fue acicateado el apetito de los invitados con libaciones. Al par de las ingurgitaciones hubo relatos de aparecidos y recuerdos de conocidos difuntos. Estaban ya en el tiempo de los "días cortos", rigiendo el pintoresco "ocho-nueve" desde fines del mes anterior. Decíanles desta manera porque los toques de ánimas y de queda debían escucharse normalmente a las 8 y 10 de la noche. Pero al ocurrir el ocaso solar en esos finales de año, anticipábanse los toques una hora.

Esa noche de "Hana-Pixán" (comida de almas) se escuchó el acostumbrado toque de ánimas. El simultáneo repicar en toda la población, rasgando el silencio nocturnal, hizo más impresionante el momento. Los invitados fueron pasados al corredor donde se había instalado el clásico altar con adornadas velas de cera, flores, veladoras de aceite, los bocados mencionados y algunas bebidas, panes exquisitos y dulces de papaya y de camote con coco.

Pidió doña "Sebita", la mayor de la casa, que se iniciara el rezo tradicional, que fue seguido de cantos no precisamente gregorianos. Así pasaron las horas hasta llegar la medianoche, instante de la venida de los eternamente desaparecidos, para disfrutar de su ofrenda.

Habíase excitado demasiado la imaginación de Xcisita, quien decidió esperar desde su ventana el lúgubre desfile de los que ya tramontaron el ignoto más allá. Al filo de la madrugada el llanto de la curiosa fue escuchado por doña Sebita, la que raudamente propínole pellizcos, cachetadas e improperios, metióla a la hamaca y agarrando huano bendito la golpeó tal si fueran cilicios, mientras expresaba en lengua maya "Entra Dios, vete Diablo". Poco a poco recuperóse la desmayada quien santiguándose narró que a las doce pasadas oyó sonar una campanita y enseguida fueron pasando bultos blancos encapuchados, musitando tristes plegarias y que al pasar el último la emplazó: "Por tu tontería desfilarás con nosotros el próximo año".

Naturalmente que lo obligado era que tía y sobrina entrevistaran al cura de Santiago contándole los pormenores del suceso. El párroco, miembro de la orden franciscana y conocedor de las costumbres de la casa, las reprendió y le dijo a Xcisita que había visto visiones, recomendándole unas rogativas especiales para el descanso de la amenazante ánima desconocida.

No se resignó Xcisita con la solución del seráfico fraile sino que enterada de que un "X'men" (hechicero) periódicamente venía de Hunucmá, hízolo ir a la casa. El shaman pidió anís amargo, que lo dejaran meditar a solas media hora, más anís y ramas de ruda. Vencido el tiempo salió y pronunció oraciones cabalísticas en su idioma. Roció con el licor a los presentes, agitando la ruda como hisopo. Recomendóle que buscara un muchachito y que cuando se ocultara la luna el próximo "Hana-Pixán": "no sacas tu cara sino la del chiquito y te voy a traer una vela, después que la entierre en la noche del viernes y la saco el martes".

Lo difícil fue hallar al pequeño. Faltaba una semana para la aterrorizante noche y no contaban con el niño. Por fin, apareció una pobre mujer procedente de algún pueblo del camino a Sisal, que pidió posada para ella y sus cinco infantes. Ofreciósele un trato y solamente por su pobreza solicitó 6 gallinas con su carga de "xpelón" (frijol nuevo) para los pasteles alusivos a la conmemoración. Demás estará decir que expuesto uno de los varoncitos de tres años a la hora esperada no se vio parada ninguna de almas, ni en la "octava", volviendo la tranquilidad a la familia, que en recuerdo del milagro bautizaron a su tiendecilla con el apelativo de "El Niño Aparecido".

El alevoso asesinato del Gobernador Lucas de Galvez

Ruinas de la antigua Hacienda "Wallis"

Pocas horas antes de expirar el 22 de junio de 1792, junto a la puerta del costado norte de la antigua ermita de San Juan, pasó un jinete embozado que le hizo una señal convenida al que allí esperaba tendido en el suelo, quien se irguió ágilmente preguntando:

¿Ya está? —al que respondieron.

Ya está.

El mismo jinete misterioso, después de haberse comunicado con el que esperaba, continuó al galope rumbo a la plaza de San Sebastián donde existía una serie de profundas cuevas. Junto a una de ellas el fatigado cabalgante mató a su caballo que antes había sido teñido de negro y lo enterró, con ropas del mismo color vistiéndose con otras que traía de reserva.

Hasta entonces gobernaba Yucatán el Brigadier, Capitán General y Primer Intendente, don Lucas de Gálvez, hijodalgo representante en la península de S. M. el Rey don Carlos IV.

Justo es referirte, lector, que su breve gobierno se ha significado históricamente como uno de los mejores que aportó la colonia.

Había construído el camino carretero de la capital a Izamal, el que debía unir a Mérida con Campeche y entonces sólo llegó a Chocholá; el hermoso paseo de la Alameda con cuatro amplias avenidas donde introdujo la iluminación a base de aceite de higuerilla; la organización en ciernes de una empacadora para salazón y comercio del pescado; la reorganización de la hacienda pública y aún se dice que tenía el plan de fundar una Universidad para altos estudios a la que podrían asistir los jóvenes de escasos recursos.

En el apogeo de su edad y con buena estampa, don Lucas era aficionado a fiestas y escarseos amorosos en la hacienda "Wallis" en las cercanías de la urbe".

La noche de los personajes misteriosos ya mencionada, el jinete había esperado la carroza del Gobernador asomando a la que hoy es calle 58 próxima a la 61, donde el funcionario vivía en la casa llamada del Chantre, en la 56 con la misma calle.

Asomó el vehículo tirado por rocines y el embozado gritó el nombre del Gobernador, quien viajaba acompañado de don Clemente Rodríguez Trujillo, Tesorero de la Real Hacienda. Al voltear el llamado, por la cortinilla que los cubría, el de a caballo emprendió veloz carrera hacia la calesa empuñando una larga vara, donde habíase sujetado con cordeles un cuchillo.

Sin apreciar de momento el golpe recibido, de Galvez se apeó del carruaje para castigar al insolente, pero éste ya había huído sobre la calle 58. Subido con grandes trabajos al vehículo, se le llevó velozmente a su residencia, donde se le halló profunda y sangrante herida. Fueron por médico y confesor pero llegaron tarde, si acaso nada más para dar la extremaunción.

Los lúgubres tonos de la campana mayor de Catedral, los cañonazos de la ciudadela en San Francisco, sacudieron a la dormida ciudad. Pronto se difundió la consternante noticia.

Murmullos en voz baja por toda la traza española de Mérida señalaban en varias direcciones a los asesinos. En primer término se mencionó al sobrino del Obispo del Mazo, quien había sido anteriormente su amigo y luego rival en aventuras amorosas. Por sospechas, ya que su residencia militar estaba a cuarenta leguas de Mérida, pasó ocho años en las tinajas de San Juan de Ulúa, Veracruz. Provisionalmente también fué preso el Sr. Clemente Rodríguez, por supuestas liviandades familiares con los galanes mencionados. Aseguróse que el ayuda de cámara del extinto encontró en uno de los bolsillos dos cartas ensangrentadas que se apresuró a quemar, en una de las cuales, con letra de mujer se prevenía al funcionario del crimen contra él organizado. Habláse en voz baja de una misteriosa esquela dirigida a un miembro de la poderosa familia Quijano, por persona muy cercana al asesinado, pocas horas antes del asesinato, donde decía que **Ya todo estaba arreglado.** Según el proceso incoado posteriormente numerosas cartas de doña Casiana Melo de Rodríguez, encontradas entre los papeles de Toribio del Mazo evidenciaban la rivalidad existente entre ellos.

Por fin, a mediados de 1800, un sujeto pidió entrevista reservada al Alcalde Ordinario de Mérida, don Anastasio Lara, casado con una de las hijas de don Juan Esteban Quijano; absolutamente a solas le narró que había sido él, por comision de la familia Quijano, quien había encargado a Manuel Alfonso López el proditorio asesinato, por la suma de dos mil pesos, quien había realizado la faena auxiliado por dos más.

Como era natural el Sr. Lara se negó a dar crédito a las palabras de Esteban Castro, que desempeñaba el cargo de Intérprete general de la gobernación, a quien don Lucas guardaba especial afecto y habíalo traicionado por amores con Josefa Quijano de Baldos, ya viuda y con la que deseaba desposarse.

Pero antes de proseguir voy a informarte de la entonces muy encumbrada familia de don Juan Esteban, patriarca a la sazón del "clan". Se dice que era un anciano respetado en la sociedad de su época. Con numerosa prole, entre ella uno con patronímico semejante, Secretario de Cámara, a quien el impulsivo de Galvez había impedido el uso de la silla con respaldo y del bastón en las ceremonias públicas y religiosas; don Ignacio el militar, en la reestructuración administrativa había sufrido la supresión de "chivos" o fantasmas en las nóminas de su larga infantería; y se le había iniciado un proceso militar; al viejo Esteban lo había herido autorizando el matrimonio, como era de su competencia, ya que su padre se oponía por considerarlo de inferior condición social, a Tomasa con Boves, y al presbítero Tadeo, por la reducción de diezmos religiosos y otros privilegios que disfrutaba la orden de la que era, se dice, provincial.

Ligado a la familia aparecía un llamado Manuel Antolín, resentido contra el mandatario por haberlo privado de su antiguo empleo de "Capitán a guerra" de la costa oriental, cargo muy jugoso por los repartimientos en que intervenía, y por haberse rehusado a pagarle como indemnización trescientos pesos anuales por orden del Rey.

Aparte de la espontánea confesión de Castro, a quien ya se le rehuía al compromiso adquirido con él para desposarse con Josefa Quijano un compadre suyo, Bernardo Lino Rejón llamado, enterado de su entrevista con uno de los alcaldes, presumiento que su nombre podría haber danzado, ya que fué confidente, y por tanto cómplice, solicitó audiencia con el otro alcalde, José Castillo y Aguirre, por ende enemigo de la familia Quijano, quien se apresuró a informar de la declaración al Gobernador, Arturo O'Neil, y sin esperar orden de éste hizo informe pormenorizado al Virrey.

O'Neil era amigo de los Quijano. Alojábase en casa de uno de ellos y otros dos eran su apoderado y su fiador.

Enterado el Virrey de la confesión espontánea de Castro y de Lino Rejón, envió al Capitán de fragata, Juan José Jabar para que realizara una exhaustiva investigación en torno al caso. Pronto se trasladó a Mérida el investigador y presentó sus despachos al Gobernador. Después hizo comparecer a los denunciantes. Según Castro, el presbítero Tadeo y el tinterillo Manuel Antolín, le habían encargado hallar una persona que asesinase a don Lucas de Gálvez, comprometiéndose el religioso a pagar dos mil pesos al asesino cuando estuviese el hecho consumado. El comisionado propusóle el criminal encargo a su compadre y amigo Lino Rejón, quien rechazólo indignado.

Despúés pensó Castro en Manuel Alfonso López, sujeto torvo, conocido por "sus malas entrañas" quien se encontraba en mala con-

dición pecuniaria, que odiaba al Gobernador.

Habiendo enterado Castro a Antolín su plática con López, le pareció buena y expresó a Castro su idea de utilizar un veneno hecho de yerbas, para que el intoxicado "se fuese en evacuaciones". Su único antídoto era el pozole agrio.

Se le llevó el veneno a López en una botella. Era un líquido rosado del que se pensaba que inmediatamente lo tomara Gálvez, se le saltarían los ojos y se moriría. Castro hizo una demostración delante de López en un pollo. No se saltó tantito de nada y mucho menos se le ocurrió morirse. Poco tiempo después López visitó a Castro y mostrándole palo y cuchillo díjole —ya todo está dispuesto.

Castro buscó a Manuel Antolín para informarle y al no encontrarle, le encargó a Juan Esteban Quijano, hijo, que le dijera a su hermano Tadeo "que López iba a hacer aquello".

Siguió confesando Castro que el día posterior al entierro de don Lucas de Gálvez, se le presentó a su casa López exigiéndole.

—"Anda pendejo a cobrar ese dinero, que ya está hecha la obra".

A lo que Castro comentó:

—"Válgame Dios, Manuel, ya me perdiste", echándose a llorar. Entonces López le dijo:

—Hombre, eres puto? Yo ya todo tengo arreglado y puede que a tí también te quite del camino".

A repetidas instigaciones de López, Castro intentó en varias ocasiones, lograr del presbítero Quijano la cantidad ofrecida, siendo vanas sus gestiones, dándole solo pequeñas sumas. Demás estará decir que los mencionados Castro, López, Rejón, José Yanuario Salazar, Antolín y Josefa Quijano fueron aprehendidos. López confesó lo hecho por insinuación de Castro. Antolín y don Tadeo negaron con firmeza lo a ellos atribuído.

La Josefa confirmó lo dicho por Castro y que poco antes del asesinato, y que sus hermanos, sin precisar cuáles, le habían hecho a Castro el encargo de buscar un hombre para realizarlo. Careada con Castro, amplió su declaración manifestando que la propuesta la hab a hecho Tadeo, en presencia de Antolín. una tarde en que los vió paseando en calesa por el rumbo de la Mejorada, lo que le había sorprendido e intrigado.

Además de los mencionados fueron detenidos las esposas de López. Ana Rejón y de Lino Rejón, Cayetana Díaz. Los embarcaron en el bergantín "Saeta", en Sisal, el 12 de enero de 1801. Llegaron a Veracruz. por mal tiempo hasta el 18. de febrero siguiente, habiéndose refugiado el barco en Coatzacoalcos.

Cuatro meses permanecieron los presos en San Juan de Ulúa y

en junio de 1801 fueron trasladados al castillo de Perote. Allí murió el primero, Manuel Antolín. Su gravedad y muerte ocurrió en pocos días.

Hasta a comienzos de 1802 llegaron los detenidos a la ciudad de México y puestos a disposición de sus jueces. Tadeo en la cárcel eclesiástica y los demás a las comunes separados por sexos.

.Allí fué donde comenzaron las rectificaciones de lo declarado. El primero fué López, quien se retractó de su culpabilidad confesada ante el Capitán Jabat y confirmada ante el Gobernador Militar de Veracruz. Además acusó a Castro como el homicida material en el asesinato.

Al anterior siguió en rectificaciones Antolín, pero no para ex culparlo, sino para minimizar la intervención del Presbítero Quijano.

Que éste no le había hecho formal proposición, limitándose a sugerir que daría dos mil pesos al que eliminara"al pícaro del gobernador". Que en otra plática posterior, paseando en calesa por la calle Real de la Mejorada habían hablado Antolín y Castro acerca de las posibilidades de asesinar a don Lucas y que Tadeo "mudo como un palo" no participó en la charla .Agregó que nunca el Presbítero ni Antolín hablaron en serio sino en juego y que él, siguiendo la broma, había propuesto a López el criminal encargo. Pero que por desgracia López tomó en serio la sugestión. Por lo que se refería a Josefa nada mas tenia el propósito de que ésta creyéndose poseedora de un grave secreto de sus hermanos dejara de temerlos y continuaran sus relaciones con él. En cuanto a las cantidades proporcionadas por Tadeo, fueron debido a las exigencias y por su carácter apocado.

No se detuvieron en este punto las negaciones a lo antes afirmado. Castro exculpó totalmente a los instigadores. De acuerdo con sus últimas declaraciones no hubo conversaciones ni paseos con Tadeo ni Antolín, ni en broma ni en veras le dijeron nunca lo de eliminar de este mundo a don Lucas. Que todo había sido invención suya por temor de perder a la Josefa.

Como se acostumbraba de rutina Castro fué puesto al tormento, donde sufrió tres vueltas de cordel, observándose que no fué el generalizado que era hasta de siete.

Rejón y Salazar, al retractarse Castro, expresaron que todo pudo haber sido como el último declarante afirmó. Los jueces no consideraron necesario que pasaran la prueba del tormento ni en su forma blanda. Tampoco Tadeo y la Josefa.

López continuó negando que él fuera el autor material acusando a Castro. No sabemos si por eso pronto desapareció de la relación de protagonistas de este drama: encontrándose en el llamado "interrogatorio con cargos" sufrió agudo desvanecimiento invadiéndolo tan abundante sudor que, filtrándose a través de sus ropas y de la

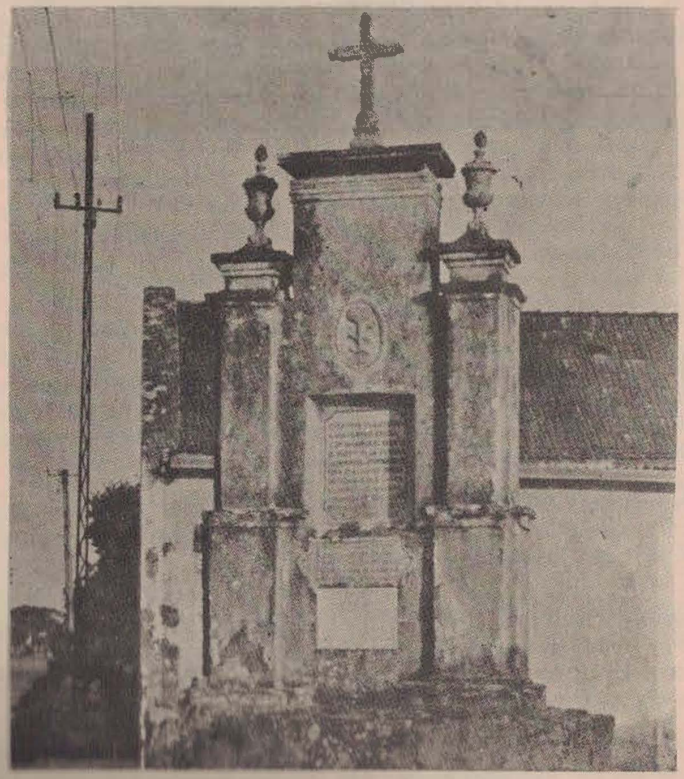
silla que lo sostenía, regó en forma sorprendente el piso. Pocas horas después expiró.

Naturalmente se comentó muchísimo la misteriosa muerte de un testigo comprometedor, el autor material del crimen, pero no hubo investigación especial acerca del caso.

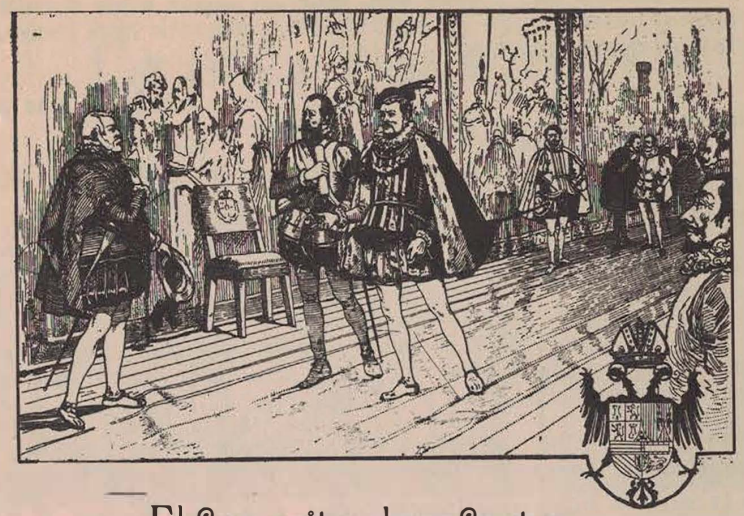
El defensor de Castro fué el notable abogado y escritor Carlos María Bustamante, quien años después, cuando se hablaba del juicio, afirmaba "el trabajo que tuve en esa causa me quitó diez años de vida".

Y cosa sorprendente como los inculpados eran insolventes hasta el Fiscal del proceso solicitó se le remunerase a Bustamante como mil pesos, que mermaron el fondo de penas de Cámara, para que su conducta tuviera emulación.

Todos, pues, fueron exculpados. Claro que los sobrevivientes. El lector es muy libre de juzgar con imparcialidad los detalles de éste apasionante suceso.



Monumento "La Cruz de Gálvez".



El favorito desafecto

Corriendo el año de 1674 tomó posesión como Gobernador de la colonia Sancho Fernández de Angulo y Sandoval, Caballero de la orden de Santiago. Cuenta la tradición que era persona bien dispuesta a saraos y convites.

Había traído con él a un apuesto galán a quien distinguía con afecto, después popularmente llamado "El Favorito".

Por ese tiempo, en una quinta cercana a la ciudad, moraba una familia con una bella hija de dieciocho mayos. Ya has de suponer, lector, que a esa edad la mayor parte de las muchachas tienen especial atractivo. Se llamaba Elena.

A pesar de la distancia respecto a la urbe, la hermosa tenía novio, Fernán llamado.

Frecuentábanse los enamorados sin la presencia de los padres, ya que solían visitar las residencias solamente los padres franciscanos y algún gobernador cuando tenía la relación de amistad. Por esa razón los tórtolos solamente podían verse a guardadas de sus familiares, excepto cuando se regularizaba el compromiso.

En una de esas citas Elena contó a su pretendiente que el Favorito del Gobernador había pedido su mano.

Ya se llevaban serenatas a las enamoradas. En la espesa niebla de la noche se interrumpió la novia charla al escuchar el rasgueo de unas vihuelas y el agradable trémolo de una masculina voz.

—¿De quién es la voz del canto?

—Precisamente es la del Favorito.

No escuchó más Fernán para salir por donde había entrado con la espada desenvainada. El interrumpido cantante huyó magüer el acero que llevaba al cinto.

Pasaron unos días y el Gobernador llamó a Ximeno, que así se llamaba el valido.

—Enterádome he, que os habéis puesto en ridículo hace algunas noches en una empresa amorosa.

Asombrado el ayudante gubernamental no pudo ocultar su estupor. El Gobernador le narró punto por comas lo ocurrido y su desairada fuga.

Lo que no le confió el mandatario era que a él interesaba también la muchacha pensando que sería facil para añadir una presea más a sus conquistas.

Había solicitado el gobernante el acceso de su ayudante a la residencia de Elena para poder visitarla él libremente. Y pensando que la aureola que naturalmente rodea a los que ejercen el poder ayudáranle seguramente a su conquista.

Decidió la familia de Elena regresar a vivir en su casa de la ciudad, lo que facilitó los propósitos de don Sancho, quien pronto consideró que honraba a la familia. Pero a medida que disminuían las visitas de Ximeno aumentaban las de su jefe. Hasta que en una de tantas el Gobernador mostró su juego y aspiraciones.

Enérgicamente y con indignación lo rechazó la joven. El funcionario trató de presionar con su cargo pero sin lograr ningún avance. Y no es dable suponer hasta dónde habría ascendido el justificado enojo de la bella y la ira del Gobernador acostumbrado a hacer su voluntad si no asoma la madre de la ofendida, doña María, a quien, instantes después de la retirada de don Sancho, le refirió la afrenta sufrida.

Pasó el tiempo y se operó en Ximeno un proceso de arrepentimiento y de repugnancia contra su protector por haberlo utilizado como pieza en su juego amoroso y decidió vengarse.

Lo primero que se le ocurrió fue visitar a Fernán y manifestarle su desaprobación por la conducta de su jefe. Y contóle de las fallidas pretensiones de D. Sancho ante la inquebrantable Elena.

Frente la incrédula actitud de Fernán, Ximeno abrióle más su juego. Díjole que el Capitán General era casado en España y para mayor comprobación le entregó una reciente carta de su esposa donde le reconvenía por su silencio. Le sugirió se la entregara a doña María quien sabría hacer buen uso de ella.

Poco tiempo pasó para que el Gobernador recibiera su cancelación de nombramiento entregándole a su sucesor el mando de la Provincia el 18 de diciembre de 1677.

La misteriosa muerte del Conde Peñalva

Antigua facha de la Hacienda "San Pedro Xocuatzín". Hoy Casa de la Cristiandad.

Conserva la tradición muy vívidos los encendidos colores del tránsito por estas tierras de García Valdez Osorio, Conde de Peñalva.

Formando parte de la comitiva de un nuevo virrey de la Nueva España llegó a la ciudad de México el conde Peñalva, joven por cuya desprestigiada reputación sus familiares lo habían alejado de Madrid enviándolo al Nuevo Mundo en busca de aventuras y de pronto enriquecimiento. El Conde fué designado capitán de los alabarderos del nuevo virrey. Indagó acerca de cuáles cargos podía beneficiarlo en corto tiempo y alguien hablóle de la provincia de Yucatán.

Aunque en Mérida había un Gobernador nombrado directamente por el rey, tanto insistió el ambicioso que logró su nombramiento del Virrey.

No había salido aún a su desempeño y ya García Valdez había rematado en subasta, los cargos de secretario, maestro de pajes, mayordomo, despensero, etc.

Se le describe físicamente de estatura larga y erguida rematando en una cabeza de corte romana. Ojos muy negros al igual que su rizada cabellera. Contaba veintiocho años.

Desde su arribo a Campeche tuvo controvertidos problemas por su acendrada soberbia. Quería ser recibido solemnemente bajo palio, a lo que se opuso el Cabildo. Algo semejante ocurrió en Mérida y después en Valladolid a un funcionario designado por él, pasando por encima de los derechos naturales del edilicio cuerpo del lugar.

Por coincidencia, en los tiempos de la llegada del Conde, los integrantes más poderosos de los cabildos de Mérida, Campeche y Va-

lladolid, cansados de los abusos de la inmensa mayoría de los Gobernadores y Capitanes Generales de la colonia, habían constituído la "Santa Hermandad", imitando la organización que en España por motivos semejantes formaron una confraternidad idéntica dentro del más profundo secreto, cuando gobernaba la casa de Trastamara. Era una especie de comunería con juras solemnes, la que después de haber agotado en la Corte todos los recursos legales, acabarían haciendo justicia por su propia mano.

Llegado que hubo el García Valdez a la capital de la provincia comenzó a mover los hilos de la madeja que, al tejerse compactamente, lo harían para siempre rico y poderoso. Pasados unos días averiguó las condiciones de los vecinos productores del interior citándoles a las Casas Reales y haciéndoles saber que en adelante el negocio sería a la mitad con él y que obraran sin miramientos con los trabajadores. A éstos les dijo que no se dejaran explotar y que acudieran directamente a su persona para quejarse. Quería tener todos los hilos en las manos.

Paralelamente a estas circunstancias se enredó en problemas eróticos enamorando señoras de alcurnia casadas con importantes señores de la sociedad emeritense. Finalmente especuló con el alimento principal, el maíz, acaparándolo a precios inaccesibles por su escasez y ocasionando una de las conocidas hambres de Yucatán. Para esto dícese que su frase proverbial era que **el cuerpo debe encogerse hasta donde pueda cubrir la sábana.**

Al marido de una dama que no había accedido a sus requiebros lo envió preso a San Juan de Ulúa la Inquisición, por denuncias del conde.

La señora, que pasó a vivir a la hacienda San Pedro Chacuaxin, cercana a la ciudad, de acuerdo con los representantes de la Hermandad, quiso vengarse de la afrenta recibida en la persona de su esposo y habiendo recibido nuevas propuestas, accedió a recibirlo en la finca y simuló aceptar sus insinuaciones, acudiendo noches después a las Casas Reales.

Puso la dama por condición que estuviera absolutamente solo, que entrara a la medianoche por la puerta clausurada frente a la iglesia del Jesús, para lo cual se le envió una llave.

El de Peñalva amaneció muerto con un puñal en el pecho guardándose silencio sobre las causas reales de su muerte.

Gobernador Jose Campero a las doce de la noche en la Catedral te espero

Preparábale el desayuno al Gobernador D. José Campero su ayudante. Le llevó el espumoso chocolate acompañado de ricos bizcochos y marquesotes de trigo preparados en el Convento de las Concepcionistas. Extendió el mantel sobre una breve mesa que servía de refectorio al viejo mílite.

En el fondo del posillo había doblado un billete. Estaba impreso en letras altas y rezaba A LAS DOCE DE LA NOCHE, EN LA CATEDRAL TE ESPERO.

Era la segunda misiva impresa que recibía el Gobernador —desde la noche anterior— que vivía con su anciano ayudante en un retirado aposento de las Casas Reales.

Gran supersticioso, temeroso de ser asesinado como un antecesor suyo en el cargo, el Conde de Peñalva, Campero vivía con extremas precauciones y cuidados. No quiso desayunar el alto funcionario. Hizo su testamento legando sus pocas pertenencias al fámulo, compañero suyo de más de veinte años. Considerando que al no existir imprentas en la provincia, la cédula no podía ser sino un remitido del otro mundo, don José sentíase ya sentenciado a muerte.

Se hizo vestir de riguroso uniforme y a las diez de la mañana se dirigió a cercano edificio, el Palacio Episcopal, donde platicó con el Obispo. Encontrándose éste confuso para resolver en tan grave, cuanto inusitada situación, llamó a consulta al prepósito de la Compañía de Jesús, al provincial de San Francisco, al prior de San Juan de Dios y al Chantre de la Catedral. Todos opinaron "Que el Gobernador se confesase y llenase de reliquias, y a la hora citada fuese de palacio al cementerio de la Catedral y que no hallando allí persona alguna

se volviese a su casa: que su S. S. Illma., mandase iluminar interiormente el templo con sus puertas cerradas, como se acostumbraba y que el Divinísimo estuviese presente, y en aquella hora se pusiesen en oración los conventos".

Poco después se dirigió a la profesa de San Javier donde se confesó en el famoso "confesionario rojo". Cuenta la historia "que era tan cristiano este caballero, que por la infinita misericordia de Dios no encontraba un pecado mortal de que reconciliarse".

El maestre de campo Frey José Campero había sido soldado de buena fama. Antes de enviarlo a la Capitanía General de Yucatán el rey le había confiado la delicada comisión de visitar los presidios de la América. Habíase presentado a Mérida sólo, sin avisar su llegada, hasta que entregó credenciales a su antecesor D. Francisco Razán. Las noticias que tenía de la provincia, con su avanzada edad, provocáronle gran desconfianza. Vivió aislado, sosteniendo parcas relaciones con muy pocas personas y comía solamente en los platos preparados por su ayudante, quien además era cocinero, ayuda de cámara, mayordomo y secretario.

A la hora de la comida ingirió alimentos con gran tranquilidad. Se puso a esperar la hora citada. Acercándose la cita se estremecía con algunas convulsiones. Más cerca, le entró algo parecido a un estertor penosísimo pero le duró poco tiempo.

Al toque de la media noche el Gobernador salió ágilmente por la puerta principal de palacio rumbo a su destino.

Cuenta la tradición que al aproximarse a la puerta central, ésta se abrió con sigilo. El visitante entró haciendo sonar lúgubremente el piso de madera que cubría toda la superficie inferior de la Catedral.

No se sabe a ciencia cierta lo que ocurrió en el interior del templo. Sin saberlo el alto funcionario se encontraba en un vórtice de pugnas internas de grandes intereses, entre jesuitas, domínicos, la Inquisición y los Cabildos de las tres principales ciudades, todos en busca de un grande tesoro que se supone había dejado en la habitación del Gobernador su antecesor el Conde de Peñalva, allí asesinado.

Fué tan grande la impresión misteriosa recibida allí dentro que, según crónica de los acontecimientos, "la silla en que debió sentarse el gobernador, forrada de terciopelo, habiéndole pasado el sudor camisa, armilla de la casaca y capote de grana, le quedó el pelo tan inservible, que se le apelmazó".

Después de cumplir con lo supuestamente exigido D. José Campero expiró al siguiente día.

La saga del origen del panucho

Todavía existe en el barrio de San Sebastián la más antigua panuchería de Mérida, la de la esquina de "La Flor de Mayo", sobre la calle 75 entre 66 y 68.

En ese suburbio aún se conserva oral la tradición de origen del panucho. La mas antigua referencia escrita la ofrece el poeta y dramaturgo Dr. José Peón Contreras, en un artículo que escribiera en "La Guirnalda" (1861) cuando al referirse a los secuestros que comúnmente se hacían por ese tiempo de los vendedores indígenas de antojitos yucatecos, asoma un adolescente indito voceando los panuchos. Posiblemente fueron creados mucho tiempo atrás, pero nuestros primeros impresos poca o ninguna importancia le dieron a nuestra gastronomía regional, puestos los ojos y oídos en todo lo que venía de Europa, especialmente Francia e Italia.

Según esa tradición oral en una de las casas ubicadas enfrente de la Ermita de Santa Isabel, también llamada la Ermita del Buen Viaje, se inventó casualmente esa sabrosa creación culinaria nuestra.

Que todos los viajeros rumbo a Umán, Halachó y Campeche, se detenían en el lugar a , musitar sus oraciones religiosas para que su tránsito no tuviera obstáculos, también dirigían sus pasos a la fonda para comer una comida breve, ya que muchas horas se interponían entre esta salida de Mérida y el fin de su viaje en volantas y volánkochés. Itinerario duro y difícil por las lajas enormes que asoman en los caminos yucatecos no pavimentados y lo lento de la marcha de los vehículos tirados por fuerza de sangre animal.

Era propietario del parador don Eugenio quién sabe qué apellidos, popularmente conocido como don Ucho.

En una ocasión de rumbosa fiesta de hacienda relativamente cercana, los regresantes rezagados llegaron al mesón cuando ya el menú se había agotado. Era más de medianoche y a los viandantes materialmente les acicateaba el hambre, sin esperanzas de satisfacerla más adentro de la ciudad. Sabido es que después del toque de queda, dado por campanas, la ciudad entraba en las sombras y silenciosa oscuridad.

Tanto le rogaron al propietario cocinero les preparara cualquier cosa que les calmara el apetito, que se le ocurrió rellenar el ollejo o tal vez sólo cubrió las tortillas sobrantes con frijol colado y pasarla, más bien por calentarlas, a la manteca hirviente, y también para un ligero cocimiento. Al servirlas calientes las adornó con el escabeche sobrante del pavo asado con achiote, que lleva de permanente guarnición cebollas en vinagre.

Lo elogiaron los viajeros y le prometieron volver por mayor cantidad del antojito al que llamaron "Pan de don Ucho", y al presentarlos delante de la clientela habitual del rumbo ésta comenzó a solicitarlo: "Dzaten Pan Uchó" (Dame el pan de don Ucho) que apocopándose con el tiempo llegó a la simplificación del "panucho".

El antojito ya rebasó las fronteras nacionales, sirviéndose en los Estados fronterizos de los Estados Unidos del Norte.

Ermita de Santa Isabel

Un celoso castigado

Un síntoma de inseguridad personal, fundamentado en hechos concretos o no, pero que ha aparecido consistentemente en la interminable vida amorosa del hombre, son los celos. Su ponzoñosa mordedura provoca la secreción de un veneno moral que corroe los intrincados recovecos de la sique, en especial a nivel inconsciente, sin concesiones ni paliativos. Se alimenta de sí misma y crece. Crece desarrollando angustia, misma que hace infeliz al cuitado y a la amada que sin querer (cuando no es culpable) generó la destructiva aprehensión.

La leyenda que pasaré a referirte ocurrió en el siglo XVII, en los tiempos del tristemente célebre Conde de Peñalva, Gobernador y Capitán General de la entonces provincia de Yucatán, que territorialmente era toda la Península.

En esa Mérida apacible y achaparrada de esos tiempos moraban los personajes de la conseja que voy a relatarte.

Pablo de Vergara, joven de veinticinco años, por precoz orfandad fue educado con mimo por su madre Mariana Pacheco Zapata. Hijo único, su atrayente aspecto centraba las miradas admirativas de las doncellas citadinas, cuando por las tardes paseaba montado en su caballo tordillo de magnífica estampa. Vergara parecía ignorar las emociones que despertaba en la juventud femenina. Pero más bien creo que sólo tenía el ánimo dispuesto y la atención fijada en Leonor Ordóñez, seis años más joven, de extraordinaria hermosura, sencilla y sin ufanarse de su bello palmito. Era hija de don Guillén de Ordóñez y nieta del Conde de Lozada.

El progenitor de Leonorcita veía con gratos ojos el incipiente

romance de los muchachos y no ponía reserva alguna a las frecuentes visitas del galán, ni a las miradas ardientes que proyectaba el mozo cuando rondaba a corcel, al caer la penumbra de las tardes.

No existiendo inconvenientes por la posición social de los enamorados, ni reservas por ninguna de las partes familiares, concertóse la petición de mano que fue encomendada por Pablo al Obispo Ramírez de Arellano, con los resultados que eran de esperarse. Fijada la fecha, escogidos los padrinos, relacionados los invitados, llegó el primer domingo de abril de 1651, engalanándose la residencia de don Guillén con toda la profusión ornamental y luminosa posible en la época. Celebróse la ceremonia ritual a las siete de la noche. Noche de felicidad total para novios, familiares e invitados.

Pasada la lunamielera estancia y sobresatisfechos los ánimos, emergieron los sentimientos morbosos de los celos. Quién sabe qué oculto trauma de la infancia, algún desconocido complejo de inferioridad, pero el seño antes sonriente del marido tornóse adusto. Abatido y desconfiado, no se separaba de la presencia de su radiante cónyuge. A las claras muestras de floreciente dicha de Leonor, su esposo reaccionaba con gravedad en el porte. Hasta para la iglesia, única salida de la celada, acompañábale el marido. Y ante cualquier elogio a la figura y elegancia de su mujer, refunfuñaba.

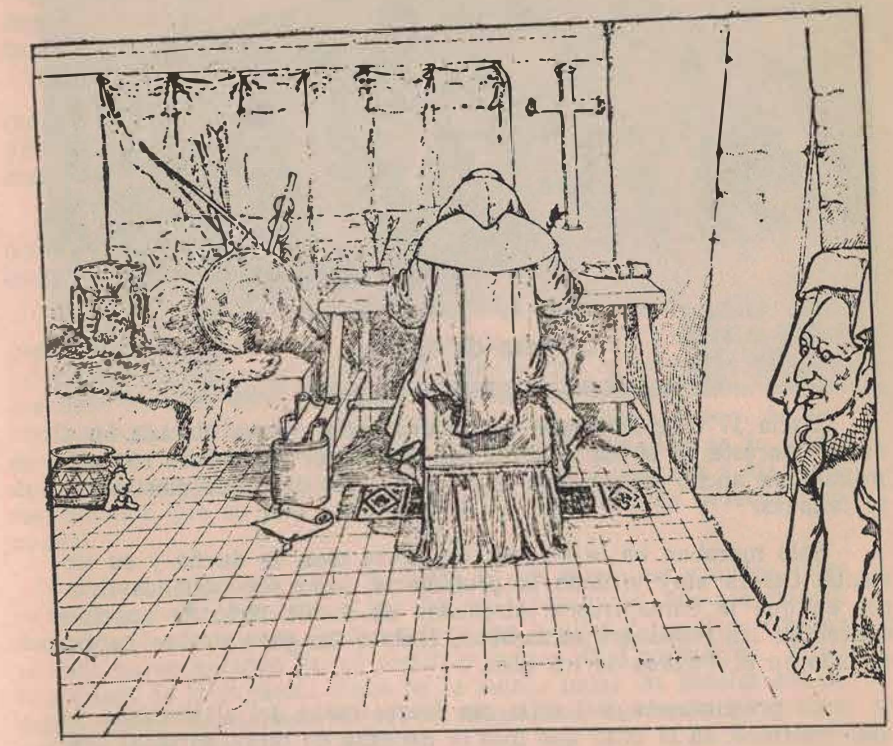
Agotada la paciencia de Leonor, que no podía comprender la inquietante actitud de su adorado, una mañana decidió abandonar el hogar sin rumbo fijo. Confusión en la casa, pesar de don Guillén que culpó a su yerno de la huída de su única hija. Ambos la solicitaron por doquier. Una criada refirió que tal vez viajase a Valladolid, donde tenía parientes. Partida inmediata para la altiva Sultana del Oriente. No la encontró y regresó agobiado por remordimientos y nostalgias del bien perdido.

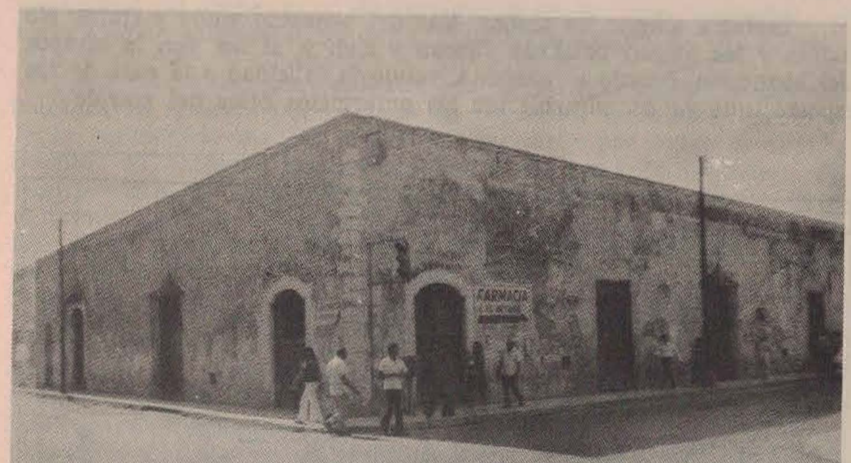
Dos meses después llegó correspondencia de Valladolid. Le informaban que Leonor llegó al lugar dos días después que él retornara y que suplicó a sus parientes no escribiesen a Mérida dando cuenta de su arribo. Pero que en poco tiempo unas resistentes fiebres la hicieron su presa, llegando al delirio, hablando de su injusto pesar.

Imposible descubrir la emoción culpable de Pablo. La vida social y amorosa había concluído para él. Decidió recibir los votos de la orden de San Francisco.

Condición indispensable para aceptarlo en la congregación constituía el certificado del deceso de Leonor. Ya la ceremonia está preparada para meterse fraile Pablo. A las ocho nocturnales horas un cuerpo embozado solicitó audiencia del Provincial del Convento. Cuando la recibió el fraile de sesenta años, y escuchó su identidad, persignóse asustado, diciéndole que ella pertenecía a otro mundo y solicitando auxilio y velas en su lego. Salió contrita la causante de la perturbación del Provincial encontrándose en la escalera con Pablo que subía.

Inefable alegría de ambos. Más del presunto viudo y fraile. No hallan y les sobran palabras. Lloran y ríen y, al fin, con la terapia del abandono, curado el paciente, volvió la felicidad a la casa de los esposos, que ya no enturbiarían los enfermizos celos del marido.





La Casa de la Vieja.

Hacia 1770 se levantaba airosa una recia casona ubicada en el ángulo noreste de la hoy calle 60 con la 69. Por la primera rúa asomábase un ancho zaguán, con grandes puertas de caoba diestramente talladas.

Sólo moraban en la vetusta, espaciosa casa, la dueña y su sirviente. Otrora muy visitada la propietaria, pero por aquellos tiempos en que la dama frisaba alrededor de medio siglo de apacible existencia, las relaciones escaseaban, incluso los parientes se habían alejado en el decurso de los años.

Me preguntareis cuál sería tan fuerte razón del alejamiento de sus conocidos, en la edad que más se necesita de otras, variadas presencias humanas, para recordar hechos y sucesos pasados Tienes razón. En una década, habíanse asomados en la estampa una vez hermosa de la aislada las crueles e infamantes señales del mal de Lázaro.

Todas las mañanas, con los primeros rayos solares abríase el zaguán para que cruzaran el umbral la dama y su vieja nodriza, tornando de la primera misa escuchada en la próxima Ermita de San Juan Llamábanse las solitarias Encarnación, el ama enferma y Maclovia su fiel servidora. Esta última salía a otras horas para surtir la despensa del diario yantar.

Sucedió que en una de esas exclaustraciones mañaneras de Maclovia, la dama autocautiva percibió asomarse por el zaguán a una amiga que hacía tiempo no veía. Como a veces se dejaba abierta alguna de las anchas puertas, no le sorprendió a Encarnación la presencia de Sor Engracia, religiosa concepcionista, maestra de su juventud, recibiendo en el convento aprovechados conocimientos de repostería y bordado.

La inesperada huésped salúdola con tierno beso en la frente y maternales caricias, igual que cuando asistiera a los cursos del monasterio. Tomó asiento y en una desenvuelta plática con naturalidad la alentó a no dejarse doblegar por la cruel dolencia y sus consecuencias sociales, asegurándole que muy pronto se libraría de su doloroso mal. Antes de retirarse fue a la cocina sirviéndole a la enferma uno de sus calmantes, despidiéndose con las mismas finezas de su llegada.

A poco regresó Maclovia, cansada y muy asustada. No había adquirido sus compras habituales y con poco congruentes términos explicó la causa de su tardanza inútil. En toda la ciudad sólo se comentaba la misteriosa muerte del Conde Peñalva, el Gobernador.

Absorta Encarnación ni prestó interés a las sensacionales informaciones de su "nana de leche", pero sí le preguntó de haberse encontrado con Sor Encarnación en la calle.

El terror de la compañera creció de punto. La religiosa tenía dos años de fallecida y por consideración a su "niña" no se lo había informado para ahorrarle penas. Pensándolo mejor consideró que habiéndose dormido en el butaque, en su terrible soledad, había soñado con los dorados años de su juventud y con la antigua dadora de bienes. En posteriores pláticas Engracia describía detalles de la visita de la religiosa y de sus frases de aliento, lo que alertaba a Maclovia sospechando que su ama comenzara a dar muestras de desequilibrio mental.

Pasaron semanas y fue Maclovia la que creyó ver visiones, pues su cuidada hacía años no se miraba en espejos que, además, habían desaparecido de la casa. Pero las terribles huellas del mal de Hansen ya casi no se notaban en el rostro y manos de Encarnación. A los dos meses de la supuesta visita de la monja todas las señales habían desaparecido, recobrando la piel la naturalidad inherente a un organismo de sus años.

Circuló por toda la ciudad la noticia del milagro sucedido en la casa de la vieja, como denominaban a Maclovia las gentes con las que trataba en su diario acudir a mercados y tiendas. Naturalmente la recuperada trató de ir a dar gracias a su curadora y en el camino hasta la 63 la servidora le refirió la muerte de la concepcionista.

Con la salud volviéronle a la rehabilitada deseos de trabajar y proporcionar ocupación a quienes, careciendo de oportunidades y de medios, tuviesen voluntad. Así se le ocurrió abrir una panadería en su casa, en la que se elaborasen panes de lujo, bocadillos y demás exquisiteces de la industria panificadora.

No le pusieron nombre las primeras organizadoras de la panadería. El pueblo se lo puso, aludiendo a Maclovia. Fue también la primera chocolatería, proporcionando el servicio que posteriormente ofrecieron las cafeterías.

Tragedia en la madrugada

La tradición popular que te voy a narrar ocurrió en las postrimerías del siglo XVII. Encomendero y soldado, don Suero Gómez de Lara vivía en las afueras de la ciudad en un enhiesto castillo, cuyas almenas permitían otear el paisaje una legua a la redonda.

Esa noche de los tremendos acontecimientos lioviznaba intermitentemente y todo hubiera sido silencio y soledad sin los relámpagos y truenos que a pocos minutos golpeaban los sentidos de los moradores de la grande mansión, casa principal de cercana hacienda.

Sentado sobre recio sillón forrado de damasco, portando el escudo familiar, encontrábase don Suero, lívida la faz, contraídos los labios en un rictus de amargura y desolación. En tanto con la siniestra mano arrancábase mechones de blancos cabellos, con la derecha estrujaba una carta. De pronto se levantó exclamando —"¡Esto no es posible. Pero si lo fuere, nadie podrá protegerte Blanca!".

El tiempo se hacía largo, largo, mientras el cuitado contemplaba las ampolletas de fina arena, desgranando sin término segundos, minutos y horas. Como fiera enjaulada nuestro personaje no se fatiga de dar vueltas, antes lo calman, releyendo de cuando en cuando la inquietante misiva.

A la media noche cesó la llovizna y asomó pálida la cara de la luna, semioculta por espesas nubes. Una puerta se entreabrió por la que pasó un embozado con sigiloso paso. Después de atravesar un corto patio se acerco a un muro donde encontró una escala de henequén pendida de un alto balcón.

—¡Maldición —dijo don Suero— el hijo mío me ayudará a cobrar venganza!

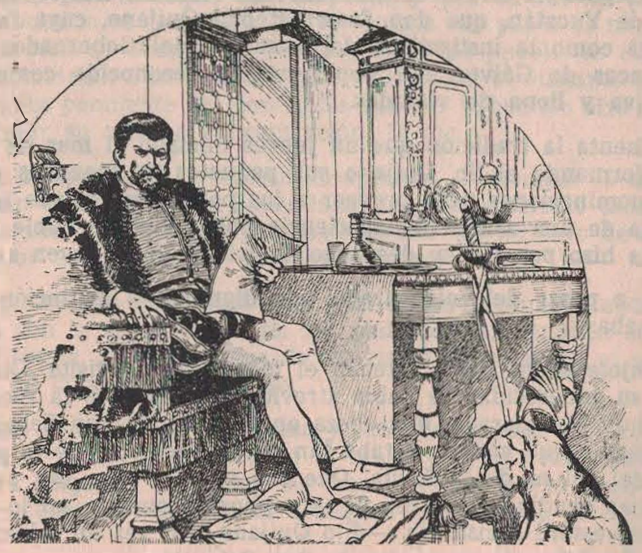
Fue por él a su recámara y le increpó: —"Lope, Lope, no es de hombres permitir que se mancille su honor, pronto por ese balcón un hombre descenderá con armas para afrentarnos. El joven se apostа en cuclillas preparando el arma para en cuando el blanco asomase. Mientras Suero Gómez desenvaina aguda y filosa daga y dirigiéndose al aposento de su esposa golpeó con fuerza la puerta. Después de breves minutos abrióla una azorada cuan hermosa mujer. Iracundo la recrimina quejándose de que su amor le consagró y en ella depositó honor y nombre y que el blasón de sus mayores había sido afrentosamente manchado. Clama la cuitada por piedad a don Suero y pide socorro a un tal Iñigo. Simultáneamente se escucha el tronar de un disparo en tanto el reluciente puñal hiende el seno de doña Blanca.

Grave, sonbrío llega a la estancia Lope. Porta en las manos dos espadas. Póstrase y besa con filial ternura la gélida frente de su madre. Al sorprender don Suero en los ojos del mozo dolientes lágrimas, le grita con saña y despecho: —"No la llores, adúltera fue y mancilló el regazo en que al hijo llevó".

Se yergue Lope y le explicá a Gómez que por padre le tuviera pero se engañaba y por vengarlo dio muerte al padre que lo engendrara, del que moribundo recogió sus últimas palabras y los agónicos no mienten. —"En guardia don Suero, asesino de mujeres, he de vengar a los míos".

—Adulterino vil, si eso deseas..." Breve fue la lucha y en ella relucían los toledanos tajos que los aceros se daban.

Después de un silencio lúgubre un hombre la vida exhala. Todavía altivo en la muerte, despreciativa la fija mirada, antes señor de horca y cuchillo, el castellano don Suero Gómez de Lara.



Un rayo de sol

A fines del siglo XVIII la ciudad de Mérida apenas rebasaba los límites impuestos por sus distintos suburbios. Si acaso los caminos carreteros a varias poblaciones importantes como Campeche, Izamal y Valladolid permitían el ensanche de la urbe a los lados de esos caminos y a cortas distancias.

Asegura el Dr. Crecencio Carrillo Ancona, ilustre obispo que fuera de Yucatán, que don Juan Esteban Quijano, cuya familia fue señalada como la instigadora del asesinato del Gobernador Colonial don Lucas de Gálvez, era popularmente reconocido como persona caritativa y llena de virtudes.

Cuenta la tradición que un jueves iniciado el mes de abril, estando formando el Sr. Quijano sus paquetes de monedas de distintas denominaciones para proveer a los pobres, un criado le anunció la visita de una señora de apariencia pobre aunque noble de porte. La hizo pasar a su despacho. La visitante de joven aspecto revelaba, a pesar del raído traje, una dignidad y distinción que impresionaba.

Díjole a don Juan Esteban el motivo de su visita. Que enterada de su generosidad se había atrevido a implorarle la reedificación de su humilde morada, una choza en la plaza de San Sebastián. Manifestándole que aquella estaba tan deteriorada que no la podía proteger del sol ni de la lluvia. Que sus vecinos eran tan pobres que no podían acudir en socorro de la suplicante aunque así lo desearan.
—Pronto estaré a visitarla —dijo Quijano. Tal vez un sábado cuando vaya a la Salve de la ermita de San Sebastián.

—Mi casa está al este de la plaza, la señal será "un rayo de sol" expreso la cuitada. Se despidió la señora y el filántropo le depositó en sus blancas manos un duro de plata reluciente con el busto y el escudo del rey.

De su residencia de dos pisos ubicada en la esquina sureste del ahora cruce de la 58 con 63, contraesquina del edificio que ocupara el Seminario Conciliar de San Ildefonso, partió el sábado siguiente don Juan Esteban Quijano rumbo a la cita con la pedigüeña bella y distinguida, apoyado en su grueso bastón de caña de la India. Mientras caminaba hacia el lejano rumbo de San Sebastián no dejaba de cavilar en la inquietante desconocida. Pensaba en su lugar de origen ¿Española? Imposible, la socorrerían las damas linajudas de la colonia en esta ciudad. ¿De alguna región del Virreinato? Podría ser. O guatemalteca o cubana, aunque su acento no parece particularmente de ninguno de esos lugares. Y el misterio que más le intrigaba era cómo pudo ir a residir al barrio de San Sebastián, barrio tan pobre y despoblado. Pronto descorrería el velo de la incógnita.

Nuestro protagonista asomó por el ángulo noroeste de la plaza (lo que hoy consideraríamos las calles 75 y 70). Repicaban con animación las pequeñas campanas de la ruinosa ermita de San Sebastián Mártir.

Con inquisitivas miradas rastreó por las pocas construcciones de la plaza, más llena de maleza que de viviendas así fueran de palmas. Sólo el inclemente sol posaba sus rayos sobre los silvestres árboles y la techumbre de la modesta iglesia.

No parecía la mendiga por ninguna parte. Y por el costado que ella había señalado, el oriental, no había casa alguna.

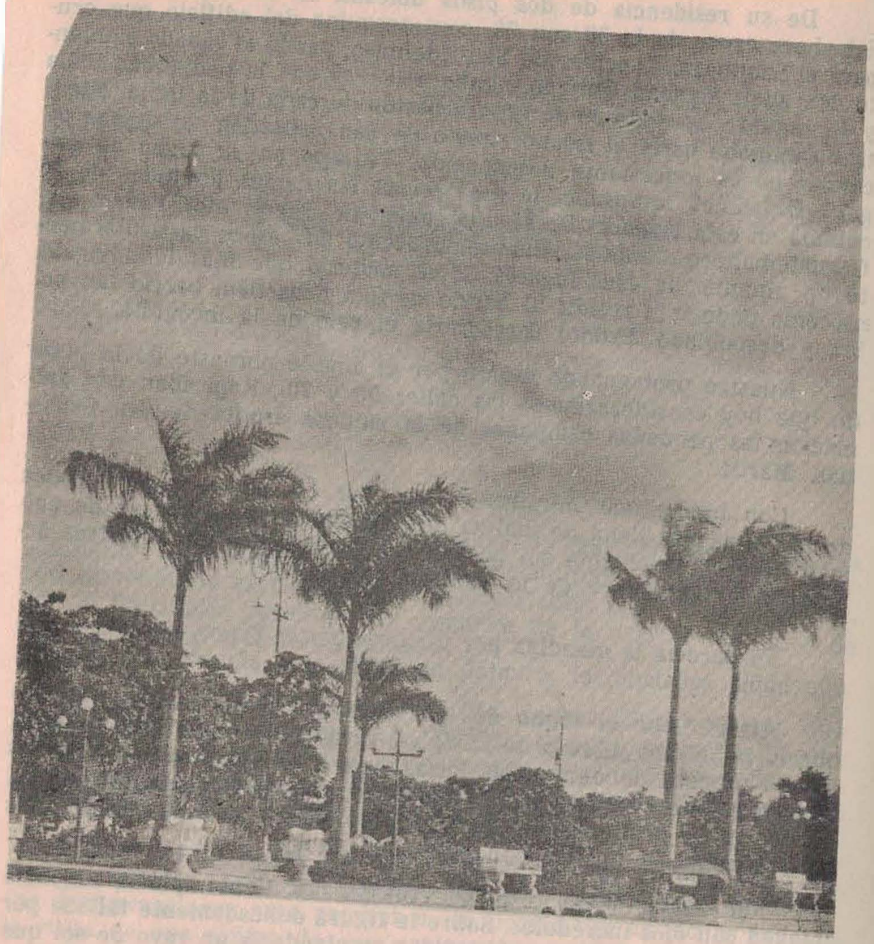
Atraído por el toque de campanas y por su fervor religioso que lo impulsaba al rezo de la Salve, dirigió sus pasos al templo en franco proceso de derrumbe. Pocas gentes del pueblo se encontraban en el interior. Comenzó el oficio religioso y el visitante tenía la mirada gacha pendiente del desarrollo del acto y, cuando alzó los ojos para afirmar su mística concentración, la vio.

Fue un momento de éxtasis inesperado. Contempló la adorable imagen con ojos incrédulos. Sobre la figura delicadamente tallada por algún imaginero de tiempos pasados resplandecía un rayo de sol que entraba por ancho agujero de la techumbre.

Largo tiempo pasó abstraído, sumido en profunda meditación, el tocado con la varita de la fe. No pudo precisar cuándo acabó la católica litúrgia, ni el apagarse de los cirios del altar, ni el pausado retirarse de la gente del pueblo.

Como un autómata se levantó y subió las gradas de piedra que conducían al nicho empotrado en el muro y al acercarse tuvo otra inesperada sorpresa. Al besar su manto aúreo vio el peso fuerte nuevo y reluciente aún, que le obsequiara a la dama en la visita.

Demás estará decirte, paciente lector, que don Juan Esteban Quijano cumplió su voto de edificar de nuevo el templo de San Sebastián mártir, que se concluyó en 1796, cuatro años después del asesinato de don Lucas de Gálvez.



Tras agravio, venganza

¡Había un callejón a mediados del siglo pasado entre la Catedral y el Palacio Episcopal, anterior a la capilla de San José, que ahora es el Pasaje de la Revolución. Se salía a él por tres distintos lugares, la iglesia, la sacristía y la casa del Obispo.

A la hora de queda tal lugar era oscuro, solitario y temible, por lo que era poco frecuentado después de entrar en oscuridad la ciudad. A aquel sitio las consejas lo señalaban tétrico y espantoso.

Una de las noches neblinosas de noviembre de 1639 lo recorría nerviosamente un emboscado quien de tiempo en tiempo acechaba por la cerradura de la puerta conducente a la sacristía. Las campanas dejaron oír sus melancólicos acentos sonoros a los tres cuartos, doce y doce y media. Por fin, muy cerca de la primera hora de la madrugada, apareció otro embozado. Hablaron en secreto hasta las dos. Se despidieron con un "De aquí a un mes, en este lugar, a esta hora".

Por aquel tiempo gobernaba la Provincia el marqués de Santo Floro. Era regidor del Cabildo don Alonso de la Cerda, uno de los hombres notables de la ciudad. Estaba casado con la distinguida doña Juana de Zanabria.

Pretendió el Gobernador abusar de la amistad que le dispensaba el matrimonio tratando de seducir a la virtuosa dama. Al principio la señora no comprendió las galanterías del Gobernante, tomándolas como cortesía, pero cuando abiertamente le solicitó sus favores, indignóse, le reprochó su falta de amistad con su marido y le dijo que no volviera jamás a su casa. Y que le comunicaría tal bajeza a su esposo de la Cerda. Así lo hizo. Aunque en forma secreta don Alonso reclamó a Santo Floro, trascendió la agria discusión.

Desde entonces se abrió entre ellos una guerra sorda. Como la opinión de De la Cerda pesaba no solamente en el Cabildo meridano sino ante el mismo Virrey de México, Marqués de Caldereita, el Gobernador se dio cuenta del poder de su contrincante y lo hizo aprehender sin razón legal alguna.

La cita de los embozados fue antes de la prisión del señor De la Cerda.

Pasó el mes y se volvieron a reunir. Nada más que uno de ellos, don Alonso, no vino de la calle sino del interior de la Catedral burlando la orden de aprehensión del Gobernador; el otro, también regidor de la Comuna. Convinieron citar para la siguiente noche a la casa particular de De la Cerda, donde tramaron poner preso al Gobernador y enviarlo con cadenas a México. Pero la intención se frustró como narramos en la leyenda "Secretos de Alcoba". Los aprehendidos fueron los integrantes del Cabildo.

La prisión de los capitulares fue un caso sonado y ruidoso en la ciudad, donde rara vez ocurrían acontecimientos propicios al comentario. Don Alonso y su esposa doña Juana planearon otra tentativa más larga pero más segura para derribar al engreído gobernante.

Ya hablamos de las vigorosas relaciones capitalinas de don Alonso con Oidores, Virrey y otras importantes gentes. Pero no hayaban la persona adecuada que, de viva voz, plantearon la crítica situación porque atravezaba la Península y doña Juana de Zanabria, justamente agraviada, se ofreció ir a México. A pesar de la inusitada y espontánea decisión que no a todos los regidores convenció enseguida, por insistencia de De la Cerda fue aprobada.

Dirigióse a Campeche, donde tenía amistades que la ayudasen en la salida secreta del puerto. Por fin en México fue recibida por el Marqués de Cadereita. Fueron tantas y tan convincentes las razones de la indignada señora, que tuvo otras audiencias para ampliar detalles. No sólo convenció al Virrey sino al arzobispo y a los miembros de la Audiencia de México, de la que dependía jurídicamente la gobernación de Yucatán. Se pronunciaron todos por la separación de Santo Floro.

La valiente mujer tuvo la entereza de presentarle en Palacio su cese y el nombramiento del sucesor al arrogante Marqués de Santo Floro.

Todavía éste se resistía, mientras llegaba el reemplazante, a perder la vieja lucha, sino fue porque decidió consultar con el provincial de San Francisco, Fr. Diego de Cervantes, quien le recomendó que fuera a la Corte a defender su causa, pues el cesado pensaba oponerse por la fuerza a entregar el mando y como entre sus apoyos inmediatos le habló de los franciscanos, el provincial le manifestó claramente que los miembros de su orden no darían un paso en la cuestión. — Vamos, aprecio que estoy perdido. Adiós, señor

provincial: los amigos que halagan cuando sopla favorable el viento de la fortuna, son los que más se alejan en la adversidad. — Aludiendo a que había apoyado a los del Convento de San Francisco contra algunas pretensiones del Obispo.

Así se abatió el orgullo e insolencia de un Gobernante vencido por una mujer a quien trató de herir en su honor y lealtad a su marido.

Origen del nombre de la esquina de "El loro"

Sabida es la tendencia de las solteronas a volcar su cariño frustrado por la falta de hijos, en los animales.

Por todos rumbos del orbe perros y gatos son favorecidos como sucedáneos del amor maternal. Por aquí parlantes loros y alguna otra ave, además de aquéllos.

Purita y Pepita eran dos hermanas que vivieron a fines del siglo XVIII y principios del XIX en una modesta casa en el cruce de las calles que hoy conocemos como 62 y 55, que todavía conserva el nombre de la tradición que indagamos.

Las dos respetables matronas habían concentrado sus afectos en un loro hablantín y en un gallito, uno de los primeros ejemplares llegados de Cuba de un tamaño especialmente pequeño, denominados "quiquiriquíes". Los dos animales eran amigos y bien nutridos por sus amas. El cautiverio no era soportable de la misma manera para los plumosos bípedos. Mientras el loro resignadamente lo pasaba entrándole con su ganchudo pico a los recipientes con "el chocolate de Lorenzo", en el que se deshacían grandes bizcochos y otras veces papayas, sandías, mameyes, zapotes, plátanos y otros frutales no menos apetecibles de cada estación, el gallito parecía suspirar por un tal vez intuído pero no conocido gallinero.

En una de las cíclicas manifestaciones neuróticas del gallito por el celibato forzoso, tratando de picarle las plumas de la cabeza y encimarse sobre el menos vigoroso de los animaluchos, el loro perdió una de sus linternas que lo comunicaban con el mundo visual. Callado y resignado —bueno eso de callado es un decir porque al fin loro, sus distracciones lingüales y sonoras tendría para solaz de sus propietarias y del público que pasaba por la casa.

Mientras transcurría el tiempo, las ya incansables damas se distraían sentándose a la puerta de la calle por las tardes para ver pasar a la gente que acudía a la iglesia de Santa Lucía y a las diversiones que cada cierto tiempo se efectuaban en la plazuela, entonces yerma, que les quedaba a escasas varas de su hogar.

Cuando sonaba el toque del **angelus,** anocheciendo, ambas se ponían a la mesa a merendar bocadillos yucatecos, en los que priva el maíz como ingrediente principal y el consabido chocolate con agua. Al poco rato pasaban a sus hamacas colgadas por una no menos vieja fámula que las atendía.

Era el momento de bajar al loro del amoroso palito para ponerlo a reposar en su respectiva cesta para el duermevela, al igual que al Chantecler en su tejido lecho de mimbre. Las inocentes señoritas ponían muy cerca a los animalitos sin atisbo de malicia sobre las imperiosas necesidades fisiológicas en todas proyecciones. El último gesto de vida para ellas era el apagón de la velita de sebo que ténuemente iluminaba la estancia.

Al extinguirse la llama, ambas se daban las "Buenas noches" y se entregaban ¿a quién más? que a Morfeo, consuelo de once mil vírgenes.

Ellas ignoraban las múltiples defensas del honor de su lorito ante las acometidas del gallito garañón, ya a punto de gallinero.

Pero en una de tantas noches, el descendiente del que le cantó a San Pedro estaba más excitado que otras veces. Cuando se le acercó el loro para consolarlo amistosamente, el villano, ya teniéndolo a su alcance volvió a las andadas, asestándole violento picotazo apagándole el único ojo que le quedaba. El infeliz, sin comprender gran cosa, al sentir las tinieblas, sólo se le ocurrió decir "Buenas noches, buenas noches".

Al amanecer y apreciar Pepita y Purita la desgracia del loro lloraron con desconsuelo. No lo volvieron a reunir con su victimario y lo aposentaron día y noche en una jaula, cerca de la ventana mientras ellas liaban numerosos cigarros envueltos de **joloch,** labor con que se ayudaban para el sustento diario.

Del frecuente pasar de gentes en la acera y escuchar el mismo estribillo de "Buenas noches", ya que la oscuridad se hizo eterna para el enjaulado, todo el mundo comenzó a llamar a la esquina, la de "El Loro".

Como las aves viven poco tiempo comparado con los humanos, una mañana amaneció yerto y mudo el verdipluma. Inconsolables las dueñas lo enterraron al pie de un frondoso álamo. Pero les inquietaba la jaula vacía colgada en la ventana. Hasta que enteradas acerca de un habilidoso artesano repusieron a su amado loro en escultura pintada y volvieron a encerrarlo como si nada.

Años más tarde, dícese y así te lo cuento, que el Cabildo en una de sus sesiones designó con ese nombre el cruce, poniéndose en un nicho de la fachada la reproducción plumífera para tradición y memoria.

Esquina de "El Loro".

Los buñuelos del Gobernador

El Dr. en jurisprudencia, don Liborio Irigoyen Cárdenas, además de político liberal juarista, que gobernó el Estado en tres ocasiones, tenía ribetes de poeta y de humorista.

Tenía la costumbre de frecuentar una familia muy rica que ocupaba una de las mejores casas que rodeaban la plaza grande, probablemente al costado sur. Allí solía tomar todas las tardes espeso chocolate con agua, a la manera yucateca, acompañado con pan bueno, queso de bola y mantequilla importada

Si consideramos el año de 1859 cuando D. Liborio gobernó por segunda vez, contaba con 36 años de edad. Y aunque casado no sería de mal ver, con el nimbo que acompaña a todos los Jefes de Estado que atrae a las mujeres como la luz a los insectos, aunque se quemen.

Cuenta la tradición, escuchada familiarmente, pues D. Liborio fue nuestro bisabuelo, que las frecuentes visitas a la casa habían despertado el interés de Susanita, cuyo padre , con un complejo que todavía no tiene nombre, le impedía la presencia de ningún pretendiente, diciéndose enemigo del matrimonio. En esas circunstancias Susanita era proclive a enamorarse del varón que frecuentara su casa libremente como era el caso del Gobernador. Las razones que esgrimía el padre celoso eran que los que se aproximasen a la bella Susana, casta a la fuerza, lo harían movidos por el interés de la fortuna que heredaría. También transmitió la tradición oral que la Susana era muy inteligente, amiga de bromas y que siempre trataba de buscarse la admiración de los poderosos de la sociedad de entonces.

Dicen que Susanita se prendó apasionadamente de Irigoyen

que, por respeto a la hospitalidad de la familia ni reparaba en ella. Que un 28 de diciembre pidió audiencia en el Palacio de Gobierno, entonces de una sola planta, una criada mestiza con su terno de lujo portando una bandeja plena de los ricos buñuelos, exquisito postre de la región, que rebosaban dulce y morena miel de las abejas indias, las únicas aprovechadas entonces. Fue recibida en el acto al mencionar la casa de donde venía y el Gobernador se levantó atento y recogió sobre la servilleta una tarjeta con bonita y clara letra femenina que sólo decía: "De Susana de tal, al señor Gobernador"

D. Liborio, buen gurmet, descubrió la charola y al ver los ricos buñuelos se le hizo agua la boca y de inmediato se llevó uno a los labios y lengua para paladearlo, pero un inesperado, raro sabor acre lo obligó a escupir la golosina poniendo una cara de sorpresa y de frustración.

Y fue hasta ese momento que la servidora le expresó unas palabras seguramente aprendidas de memoria: "Dice la niña que es para celebrar los "Santos Inocentes". El Jefe del Ejecutivo cogió con las yemas de los dedos otro buñuelo, partiéndolo por mitad para mirar su contenido y observó que eran de algodón, cubiertos de huevo en vez de harina y huevo y fritos con manteca, y muy en el centro las negras semillas de esa sabrosa fruta del trópico que aquí llamamos papaya y en Cuba "fruta bomba" porque en el habla popular cubano el nombre alude al sexo de la mujer.

—Toma asiento muchacha y espérame un momento —dijo el burlado funcionario a la fámula. Se fue a su escritorio y sentóse a escribir a pluma unas líneas que encerró en un sobre dirigido a Susanita Tal. Cuando la traviesa enviante rasgó con inquietas manos el sobre y desdobló el papel, leyó los satíricos versos del repentista D. Liborio:

Con pepitas de papaya
me engañas como inocente:
Siempre la fruta, ¡Mal haya!
para engañar a la gente.

Eva, por una manzana
en la tentación cayó...
¿Y con papaya Susana
pretendes que caiga yo?

No serías despreciada
en tu tentación sencilla,
si en vez de enviar la semilla
¡Me mandaras la tajada!

El legado del Gobernador O'Neill

A la muerte alevosa del Capitán General don Lucas de Gálvez Montes de Oca, sucedióIo en el mando A. Arturo O'Neill y Kelly. Hay discrepancia en las fuentes históricas acerca de su edad. Mientras una le achaca cincuentiseis años cuando vino a ejercer la gubernatura otra, con la que estamos más acordes por la temática de esta saga, informa que nació en Irlanda en 1750 y que murió en Madrid en 1810.

El nuevo mandatario había comenzado su carrera como cadete, habiendo participado en la campaña de Portugal en 1762. También intervino en la expedición sangrienta de Argel. Tiempo después estuvo en la de Brasil. Hallábase en Pazacola gobernándola cuando solicitó el gobierno de este último lugar. Tomó posesión en Mérida el 29 de junio de 1793. Frisaba pues, en los cuarentitres años. Para ese tiempo no estaba precisamente en la flor de la edad, pero todavía pasaba. Lucía elegante y garboso con sus arreos militares e impresionaba por su mando y poder. Residió en las Casas Reales siete años como Gobernador.

Entre sus hechos destacan haber levantado milicias locales en previsión de una guerra con Inglaterra y emprendió una expedición a Belice, que fracasó por la indisciplina de sus huestes. Dejó escrita una "Descripción, población y censo de la Provincia de Yucatán en la Nueva España" (1795)

Conoció en Mérida e hizo estrecha amistad con el también militar e igualmente escritor, D. José Julián de Peón. Por su amistad —y por otras razones que luego veremos— designó a Peón para encargarse de la Subdelegación del Partido de la Sierra Alta con residencia en Ticul, donde dejó abundante sucesión. Asegúrase que la traza y arreglo de sus calles se deben a él.

Casó el coronel José Julián de Peón en Tlacotalpa en 1787 con Felipa Maldonado y Cárdenas, hija del Alcalde Mayor de Tabasco, Lic. D. Sebastián de Maldonado.

Parece que a D. José Julián, capitán de una compañía de milicias blancas, durante su larga residencia en Ticul interesábase más por las hermosas, morenas vírgenes ticuleñas a quienes preñó, que por cumplir su débito conyugal con la blanquirrubia Felipa.

Ya hemos dicho que tenía aficiones literarias, habiendo escrito la primera monografía yucateca con el nombre de "Crónica Sucinta de Yucatán", que incluye muchos sucesos, estadísticas, descripciones de Mérida y relación de gobernantes coloniales, que publicó en 1831.

Menudas hablillas habría en la ciudad ("pueblo pequeño, infierno grande") con la muy cercana relación de doña Felipa con el entorchado gobernador, que no concluyeron sino cuando entregó el gobierno a D. Benito Pérez Valdelomar, que fue designado el 19 de junio de 1799, recibiéndolo seis o siete meses después.

Al inicio de la invasión napoleónica en España, O'Neill, como tantos otros patriotas que creyeron en Fernando VII, se alistó en el ejército defensor de la soberanía ibera. Con tal motivo hizo testamento, dejando una importante donación en favor de doña Felipa Maldonado de Peón. Un poeta anónimo y humorista escribió las cuartetas octosilábicas que se publican ahora por primera vez, transmitiéndose a través de las generaciones por tradición oral, que también fueron atribuidos a una religiosa orden que se afanaba por quedarse con la importante propiedad ganadera que adquiriera O'Neill en sus años de mandatario. Demás estará decir que el escándalo fue mayúsculo en Mérida, presionando al esposo ofendido a que solicitara la anulación de matrimonio, juicio que después de algunos años aprobó el Vaticano y cuyo testimonio manuscrito se conserva en el Archivo parroquial de la capilla del Sagrario de la Catedral.

Va de verso:

"Jugó O'Neill con afición
al ajedrez de la fama,
Felipa, hizo de dama
y José Julián, de peón.

Calcetok y su ganado
aunque todo mundo hipa
fue donado a Felipa
Maldonado ¡Mal donado!

No es verdad que se hipa
por Calcetok, ni por nada.
En esta heróica jornada
la que hipó... fue Felipa.

Conclúyese esta edición de 1,000 ejemplares en papel bond de 50 kg., hecha por acuerdo del Presidente Municipal Ing. Federico Granja Ricalde el 20 de Febrero de 1978.

La edición estuvo al cuidado de Pedro Quijano Buenfil, José Montes de Oca Vadillo y Francisco Alonzo Irigoyen, en Estudios Bassó, S. A.